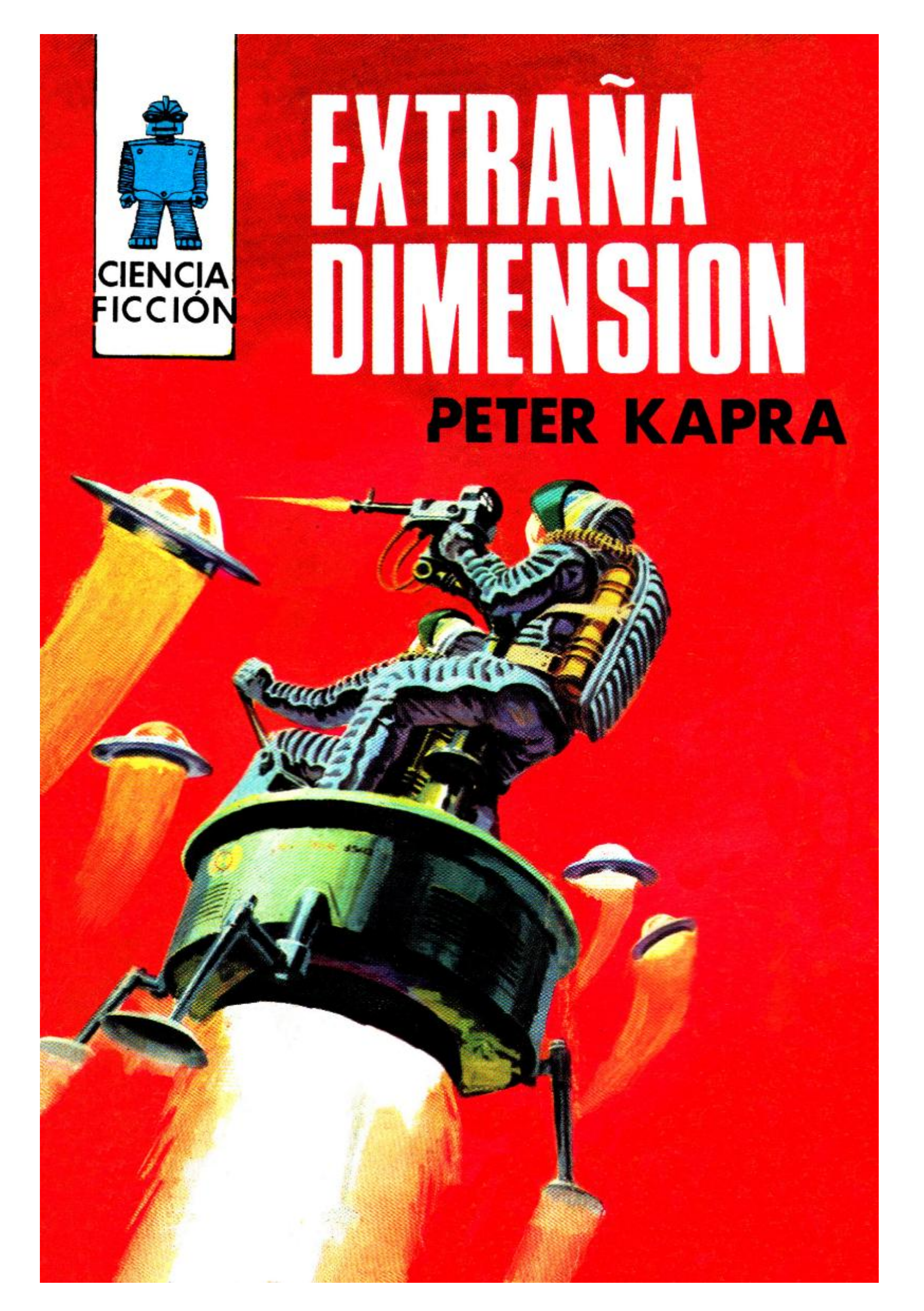

CIENCIA
FICCIÓN
EXTRAÑA
DIMENSION
PETER KAPRA

Extraña dimensión

PETER KAPRA

Extraña dimensión

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

© PETER KAPRA – 1970
Dep. Legal: B. 15.143 – 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Joan Castell llegó a Barcelona, al ser licenciado del servicio militar, con la ilusión de convertirse en un famoso actor de cine. Alguien le había dicho: «Te pareces a Paul Newman». Y Joan, mirándose al espejo, llegó a creérselo.

Su padre había vendido unas tierras, en la provincia de Gerona, y le dio dinero para instalarse en la Ciudad Condal, así como para afrontar los primeros meses, hasta que se hubiera situado.

Sin embargo, los pasos iniciales de Joan por la urbe catalana no pudieron ser más desalentadores. Frecuentó esos cafés del Paralelo, donde se reúnen las gentes del cine, y no llegó siquiera a conseguir un insignificante papel de «extra».

El único dinero que cobró del cine fueron unas miles de pesetas cuando, juntamente con otros ocho mil quinientos «extras», participó en el rodaje de algunas escenas de «La gran esperanza blanca», confundido entre las numerosas personas que llenaban el estadio de Montjuich, en enero de 1970.

Poca cosa, sin duda. Había dejado sus fotografías en todas las agencias de contratación cinematográfica, asistió algunos meses a los cursos de una escuela privada de arte dramático, situada en la calle Mayor de Gracia, pero jamás nadie se fijó en él.

Cuando se le acabó el dinero, el orgullo le impidió escribir a su padre. Quería triunfar por sí solo, sin ayuda de nadie. Y esto era difícil, casi imposible, en una población de dos millones de habitantes.

Pronto se sintió dominado por el desánimo, se mezcló con extraños individuos que frecuentaban la vida nocturna y terminó por darse a la bebida, haciendo un poco de «play-boy» barato, y sirviendo su apartamiento de la calle Rosellón, como punto de reunión último a su reducido grupo de equívocos amigos.

Una noche, sin embargo, Joan Castell regresó solo al apartamiento. Se había sentido todo el día como inquieto, desasosegado y nervioso, y abandonó la compañía de dos muchachas suecas, con las que había estado alternando en cierta «boite» de moda.

Al llegar a su alojamiento, Joan se tendió en el sofá y se desabrochó el pañuelo rojo qué usaba a modo de corbata. Sintió como un sudor frío invadía todo su cuerpo.

Pensó en las tierras que su padre había vendido, allá en Pont de

Molins, para nada, y una niebla amarga invadió sus ojos.

Tenía veintitrés años y sabía que iba a morir aquella noche.

En pocos instantes, su inútil vida desfiló por su mente, mientras el destino le señalaba con su dedo frío, etéreo, inflexible, indicándole que este mundo se había terminado para él.

Fue una breve lucha, una pugna inútil contra el designio inflexible. Quiso incorporarse y no tuvo fuerzas, cayendo de nuevo en el asiento, blanco como lacera e inundado ya de un sudor frío, preludio de la muerte.

Su vida estaba acabando, se moría...

Sin embargo, aún tuvo ocasión de rezar por su padre y por su hermana, pedir perdón por sus errores, y luego musitar:

—Perdóname..., ¡Dios mío!

En el último instante la lucidez que tuvo, Joan creyó percibir un golpe de viento contra la ventana, la cual se abrió bruscamente, como para dejar paso a su alma.

Luego murió.

¡Pero Joan Castell no murió solo, ignorado del mundo, olvidado de las gentes!

«Algo o «alguien» estaba a su lado cuando el corazón dio su último latido y la vida se le acabó.

Él ya no podía verlo. Nadie, empero, habría podido verlo, porque aquel «algo» era inmaterial o, en su defecto, no era un ser de carne y hueso, como nosotros y, por tanto, no se le podía definir como alto o bajo, hermoso o feo. Era «algo» a lo que la mente humana no está acostumbrado, algo distinto a un ser tridimensional... ¡Algo, en definitiva, fuera de este mundo y de sus proporciones físicas!

«Aquello» estuvo junto al cadáver de Joan durante un tiempo indeterminado, inmesurable, y tampoco es posible decir lo que hizo con el joven difunto.

Hay fenómenos que el hombre no ha podido descifrar aún y, posiblemente, no descifrará jamás. Hay muchas cosas que están más allá de la comprensión de la mente humana, hecho de experiencias adquiridas o heredadas. La muerte es el mayor misterio del hombre. La vida, en parte, también lo es.

¿Qué hay más allá de la vida o de la muerte?

Esto, sólo Dios podría decírnoslo. Nosotros somos incapaces de comprenderlo.

Pero... ¡«aquello» que estuvo junto al cadáver de Joan Castell un tiempo indeterminado, nada tenía que ver con Dios ni con el diablo!

Aquello era... ¡«algo»!

* * *

A la Base aérea de utilización conjunta de Torrejón de Ardoz llegó un gigantesco avión militar norteamericano, al que daban escolta dos escuadrillas de «Phantom-104».

En tierra se había desplegado una extraordinaria actividad y desusada vigilancia, siendo acordonado casi todo el perímetro de la base con fuerzas de infantería; fueron retirados todos los permisos y se mantuvo a todo el personal, técnico y militar, en sus puestos de servicio.

Nada más tomar tierra, el enorme avión de bombardeo fue remolcado por potentes tractores hasta un hangar especial y no se permitió desembarcar a nadie de la dotación que permaneció encerrada en el aparato, a la espera de órdenes que debían llegar directamente del Jefe de estado Central del Servicio Estratégico del Pentágono.

Se trataba de una fortaleza «B-52», mandada por el veterano comandante Richard Reynolds, de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, a cuyas órdenes habían ocho avezados tripulantes, veteranos de Corea y Vietnam.

A bordo de la nave aérea llevaban, oculto en una gran caja alargada, un artefacto, pero nadie sabía de qué se trataba, porque había sido embarcado en un aeródromo de la OTAN, en Terranova, donde se tomaron las mismas precauciones que a su llegada a Torrejón.

Nadie sabía si era pesada o no, o si contenía un enorme cohete atómico o estaba vacía, porque las órdenes habían sido tajantes de no tocar siquiera la caja, y mucho menos abrirla, para lo que era necesario desprecintarla.

Richard Reynolds obedeció estrictamente todas las instrucciones que le dieron. Y ahora estaba en las proximidades de Madrid, aguardando la llegada de un hombre que se le anunció como «Mr. Xados».

Efectivamente, una hora después de haber aterrizado, el misterioso «Mr. Xados», que se alojaba en un hotel de Madrid desde el día anterior, llegó a la base en un taxi, se identificó en la entrada, ante un oficial de servicio previamente advertido, luego conducido al hangar donde estaba el «B-52» encerrado.

«Mr. Xados» era un hombre alto, delgado, con gafas, que vestía un traje claro, de estambre, rubio y reposado, y que llevaba un maletín algo mayor que los de viaje.

Con su maletín siempre en la mano, «Mr. Xados» subió al superbombardero, estrechó la mano del comandante Reynolds y luego saludó brevemente a toda la tripulación.

—Ya estamos todos — dijo luego, sonriendo a Reynolds—. Supongo que no habrán tocado el «cargo», ¿verdad?

—Está exactamente igual que como nos lo entregaron en St. John's —dijo Reynolds.

—Perfectamente. Ahora, me facilitarán algo para abrir la caja. Pero ustedes tendrán que abandonar el avión mientras yo opero. Nadie puede ver lo que hago, ni cómo lo hago. ¿Me entienden?

—Sí, señor. Ésas son las órdenes.

—Hay algo más que debo añadir por mi cuenta —agregó «Mr. Xados», sacando un revólver del bolsillo—. Esto es para mí. Ustedes permanecerán agrupados junto a la puerta del hangar. Si oyen un disparo, deben salir inmediatamente y dar la alarma. En menos de una hora toda la zona debe ser evacuada.

—Pero ¡es imposible, «Mr. Xados»! —exclamó el comandante Reynolds.

—Lo sé. Por esa razón, si algo va mal, el disparo que me dirigiré a la sien será la señal de «sálvese el que pueda». Puedo asegurarles que, sin mi labor fracasa, parte de esta península quedará arrasada totalmente.

—¿Qué es lo que llevamos ahí, «Mr. Xados»?

—preguntó el capitán Pete Clarke, segundo oficial de la nave, palideciendo, mientras sus compañeros quedaban mudos de asombro.

—Caballeros, un artefacto termonuclear, cien veces más potente que la Bomba «H», destinado a ejercer presión política en una conferencia secreta que va a celebrarse pronto en Varsovia.

«Y si este ingenio estalla, les aseguro a ustedes que la III y última guerra mundial no tardará en producirse. La bomba de «Xenio» es el arma que desequilibra totalmente la fuerza militar entre Oriente y Occidente.

Hubo algún navegante que estuvo a punto de morir asfixiado, al oír aquellas palabras del enigmático «Mr. Xados», por olvidarse de respirar.

* * *

Victoria Juárez había llegado de Argentina con un bagaje cultural muy superior al de Joan Castell. Había estudiado pintura en su país, era una muchacha de diecinueve y maravillosos años y se expresaba con ese acento meloso y dulce de los porteños.

Forzosamente, a diferencia de Joan, Vicky Juárez, debía triunfar en su primera exposición pictórica celebrada en una pinacoteca de la Gran Vía madrileña, porque sus treinta y dos cuadros eran una expresión nueva y pujante de algo parecido al «in-art» infraplástico. En realidad, Vicky consumía dosis masivas de óleo y yeso, mezclado

con una cola especial, que daba «relieve interior» a sus cuadros.

Pero no triunfó.

La crítica le fue adversa. Los maestros no la comprendieron y la venta de sus cuadros apenas si fue suficiente para pagar el alquiler de la sala, ya que se los quedó el propietario del local, quien fue generoso gracias a los bellos ojos de Vicky, su grácil figura y su bonito busto.

Victoria Juárez, terriblemente enojada, tomó un tren para Barcelona, porque no tenía dinero suficiente para llegar a París, y allí empezó un breve deambular en busca de algo sustancial para vivir y poder seguir pintando.

Por suerte, su figura tenía más éxito que su pintura y encontró un buen pagado empleo de modelo publicitaria, y pronto su belleza apareció en «posters» y prospectos, anunciando artículos de todo tipo, desde biodegradantes enzimáticos hasta refrescos, máquinas de lavar vajillas y automóviles.

Gracias a esto, Vicky pudo disponer de un bonito piso-estudio, en la parte alta de la ciudad, adquirir telas y pintura, que volvió a mezclar sabiamente con yeso, e inició, en sus horas libres, lo que habría de ser su segunda exposición de «out-art», que daría «relieve exterior» a sus cuadros, aunque el procedimiento fuese el mismo.

Vicky, por otra parte, no era una chica frívola. Más bien rehuía a la gente, rechazaba los contactos y apenas tenía amistades, aunque algunos fotógrafos o anunciantes adinerados quisieron mostrarse atentos con ella. Era discreta, a pesar de su llamativa belleza, y para ocultarse aún más, se compró un pequeño automóvil, con el que acudía a su trabajo cuando era requerida por teléfono.

Al anochecer, acostumbraba a dar un paseo, para respirar la brisa fresca de la noche y elegía casi siempre los lugares oscuros, para no ser vista.

La verdad era que Vicky sentía una instintiva timidez ante los hombres y le asustaba pensar que alguien pudiera enamorarse de ella y llegar siquiera a besarla con los labios, lo que era, a su juicio, la quintaesencia de la antihigiene.

Vicky, sin embargo, sólo tenía diecinueve años y soñaba siempre con quimeras, con fantasías extraordinarias que procuraba plasmar en sus lienzos sin mucho acierto. Ella creía en un submundo irreal y esotérico, en algo situado en el más allá de la realidad y de la vida.

Pensaba, por ejemplo, que poseía varias almas o espíritus vagando constantemente por el espacio, pero pertenecientes a ella, que eran parte de su ser y de su vida. Pero estas almas eran viajeras y se trasladaban constantemente de un confín a otro del universo, viendo mundos extraordinarios y seres absolutamente absurdos. Al regresar a ella sus almas, la impresionaban con insólitas visiones y

disparatados paisajes.

En realidad, era su extraordinaria fantasía la que le hacía creer todas estas cosas. Pero Vicky vivía feliz en su mundo.

Lo que no podía soñar, imaginar o intuir siquiera fue lo que le sucedió cuando llevaba varios meses viviendo en Barcelona. No podía soñarlo Vicky por la sencilla razón de que no lo podía soñar nadie.

Fue todo demasiado increíble para ser cierto. Y no obstante..., ¡Vicky se enamoró de un muerto!

* * *

Joan Castell abrió los ojos y parpadeó varias veces.

Primero, como si hubiese sufrido una pesadilla, no logró situarse y creyó desconocer el lugar donde se encontraba. Luego, como despertando lentamente, reconoció el escaso mobiliario de su apartamiento amueblado.

—¡...!—lanzó una interjección cuartelera y añadió —: ¡Pero si estoy vivo! ¡Ayer creí que iba a morir! ¡Virgen santa!

Se puso en pie y fue hacia la ventana abierta. Una fresca brisa estival entraba por la ventana. Creyó que el aire le sentaba bien y respiró a pleno pulmón... o, al menos, creyó hacerlo

Luego, se dirigió al cuarto de baño, donde tenía un pequeño aparato de radio a transistores. Lo conectó y luego empezó a quitarse la chaqueta y la camisa, porque había dormido vestido sobre el sofá.

La radio transmitía jotas navarras, mezclada con gritos de alegría, algazara y truenos. De pronto, la bien timbrada voz del locutor apagó el estruendo, para decir:

—En medio de la alegría desbordante de Pamplona, hoy se han iniciado las fiestas de San Fermín...

«... seis de junio, siete de julio San Fermín...»

Joan miró el aparato y abrió los ojos.

—¡Hoy es treinta de junio...! ¡Hoy es treinta de junio! ¡Ayer era la fiesta de San Pedro! ¿Qué me pasa?

Tuvo un nefasto pensamiento y salió del lavabo. Se acercó a la mesa donde tenía el calendario eléctrico, regalo de Lucía Ramírez... ¡Y sus ojos se agrandaron todavía más, la ver la fecha del aparato!

Martes, 7 de julio, 1970.

Había estado siete días durmiendo... ¡Siete días inconsciente!

Se miró las manos: eran las suyas. Fue a mirarse al espejo del recibidor y entonces vio el maletín metálico sobre la consola.

Se quedó quieto, inmóvil. Intentó repasar los últimos acontecimientos y lo consiguió plenamente. Había estado con dos

chicas suecas todo el día. Lo recordaba perfectamente. Una se llamaba Nerik y la otra Elga. Sus apellidos no los recordaba, pese a que Nerik le mostró su pasaporte. Eran turistas y estaban de paso en un pequeño hotel de Las Ramblas.

¿Y aquel maletín?

¿De dónde se lo trajo?

No quiso torturarse más y lo tomó casi involuntariamente, llevándoselo acto seguido al salón. Allí, se sentó ante la mesita y abrió el maletín.

Los ojos se le desorbitaron al ver los fajos de bien ordenados billetes de mil pesetas y el sobre blanco, sin membrete de ninguna clase, en el que estaba escrito su nombre con tipos mecanográficos.

«Joan Castell Andreu», leyó.

¡Y un millón de pesetas, como mínimo!

En otras circunstancias, el aspirante a famoso actor se habría vuelto loco por la sorpresa. Algo le había ocurrido en el transcurso de los siete días pasados en «blanco» y, posiblemente, el dinero expresaba claramente el pago recibido por algo inconfesable que no recordaba.

Sin embargo, el sobre llevaba su nombre. Dentro, podría estar la explicación. Por eso lo tomó con mano trémula, o así debió creerlo, puesto que tenía la sensación de haberse convertido en gelatina y miedo.

El sobre estaba abierto. Contenía un papel, también mecanografiado. Y decía así:

Joan, en la calle encontrarás un «Lancia-Fulvia», color rojo, cuyas llaves tienes en el bolsillo. Está matriculado a tu nombre. Dirígete a Castelldefels y ve a la calle del Mar, número 12. Se trata de una torre moderna y aislada, cuya llave hallarás en la guantera de tu coche.

Una vez en el salón principal, levanta la baldosa del rincón, detrás de la columna dórica, presiona el pulsador oculto bajo la arenisca y, cuando se abra la puerta secreta del sótano, baja hasta donde está el «Instructor», cuyos audífonos te colocarás sobre la cabeza, antes de presionar el botón de funcionamiento.

«Memoriza estas instrucciones rápidamente, porque, al contacto con el aire, la escritura desaparecerá en pocos minutos».

No tenía firma. No había nada más. E, instintivamente, Joan leyó la dirección de Castelldefels, viendo, a los pocos minutos, como la escritura de máquina empezaba a borrarse, como si estuviese sometida a la invisible acción de un ácido, hasta quedar el papel enteramente blanco.

En el bolsillo de su levita, Joan encontró un llavero de oro.

Lo miró y murmuró:

—Creo que el «Lancia-Flavia» también estará en la calle... Es

increíble... Un millón de pesetas, al parecer, mío... Una casa en Castelldefels que debo visitar.

Ya apenas se entretuvo. Ni siquiera se pasó la rasuradora por la cara. Se puso la levita, tomó cien mil pesetas del maletín, el cual guardó en el armario del dormitorio, y luego salió precipitadamente del apartamiento.

En la planta bajo se cruzó con la portera, la cual le miró, sonriente, y le dijo:

—Me tenía usted preocupado, señor Castell. Hacía varios días que no le veía... Incluso había pensado en subir a verle, por si le ocurría algo.

—No me ocurre nada. Gracias, señora Úrsula. Estoy bien... Adiós.

Salió a la calle. A unos metros estaba el «Lancia- Fulvia», de color rojo, flamante, de matrícula novísima. Un setecientos setenta mil, recientemente matriculado. Algunos transeúntes lo admiraban al pasar. Era un automóvil que llamaba la atención.

Joan también se detuvo a unos metros, admirándolo.

En aquel momento, exactamente, Victoria Juárez se detuvo en la calzada, dentro de su utilitario y consultó un papel que llevaba en el asiento contiguo. Luego, salió del coche y se acercó a donde Joan estaba abriendo el «Lancia».

—Perdone —dijo con su meloso acento porteño—, ¿no hay por aquí un fotógrafo publicitario?

CAPÍTULO II

Vicky Juárez había sido víctima de una treta profesional. Alguien la había llamado a su domicilio, citándola en el estudio de un fotógrafo inexistente, para una sesión de trabajo de una hora, por la que le ofrecieron tres mil pesetas.

Sin embargo, la dirección se la dieron deliberadamente equivocada. Y Vicky no se dio cuenta que, desde una furgoneta, la habían fotografiado a placer, al salir de su casa, al subir a su coche y cuando abandonaba el aparcamiento.

Una argucia que serviría a un fotógrafo «amateur» para gozar de su bien modelada figura femenina, en especial la instantánea en la que aparecía Vicky subiendo a su coche con las faldas a más de un palmo por encima de las rodillas.

—¿Un fotógrafo? —se sorprendió Joan, algo aturdido e impresionado por la exótica belleza de la joven.

—Sí. Me han dado este número de la calle Rosellón…

—Lo siento. Tal vez sea más allá. Creo que hay un fotógrafo dos manzanas más allá.

—Es raro. He tomado bien el número. En fin, lo comprobaré. Puede que me haya equivocado. Gracias de todos modos.

—No hay de qué, señorita.

Vicky, contrariada, regresó a su coche, subió a él y se alejó, despacio, inclinada hacia la ventanilla contraria, por si distinguía la fotografía inexistente.

Por su parte, Joan abrió la portezuela del «Lancia» y vaciló antes de entrar. Todo el vehículo estaba limpio, nuevo, sin estrenar. Ni siquiera una mancha de polvo o de pisada.

Alguien pasó por la acera, le miró y exclamó:

—¡Vaya coche! ¡Los hay con suerte! Y uno… ¡Puaf, ya vendrán los míos!

El tipo se alejó, y Joan se sentó ante el volante y cerró la portezuela. Primero abrió la guantera y encontró la llave de una puerta, tipo «Yale». Vio también una cartera, con sus iniciales, que contenía la documentación del vehículo. Comprobó que había sido matriculado tres días antes y comprado en un establecimiento de la calle Balmes.

Pero no se le ocurrió pensar en ir a tal sitio y averiguar quién había pagado el coche, ¡porque Joan estaba seguro de que le dirían

que había sido él mismo, y que lo pagó al contado!

Joan sabía que durante siete días había permanecido en esta amnésico. No existía otra explicación a su raro fenómeno. Lo que sucedió en aquellos siete días era inexplicable. Pero se dijo que la explicación la iba a encontrar en Castelldefels, antes de una hora.

Por este motivo, sonriendo al evocar la preciosa figura de Vicky Juárez, puso el motor en marcha, comprobó que el depósito estaba lleno de gasolina, y arrancó.

En el tablero había una moderna pitillera que encendía los cigarrillos al ser extraídos. También había un magnífico aparato de radio y «musicasettes», que funcionaba presionando un simple botón. Él había visto algo parecido en un coche extranjero, días atrás. Debido a ello, al adquirir el «Lancia» debió pedir que se lo pusieran.

En total, Joan se habría gastado medio millón de pesetas. La verdad era que ignoraba por completo cuánto costaba todo aquello. Pero pensó que en su bolsillo llevaba cien mil pesetas y en su armario, dentro del maletín metálico, tenía novecientas mil más.

Maniobró con cautela para salir del aparcamiento y se dirigió por la derecha de la calzada hasta el Paseo del General Mola, por el que tomó para descender hacia la plaza de Tetuán y luego enfilar la Avenida del Generalísimo Franco, en dirección a la Plaza de España, a fin de tomar allí la autopista de Castelldefels.

Era consciente de las miradas que le dirigían los demás automovilistas, desde sus vehículos. Muchos pensarían que era un privilegiado «hijo de papá» por usar aquel llamativo automóvil, que sólo los grandes financieros regalan a sus hijos al término de sus estudios universitarios.

En menos de diez minutos, Joan cruzó Barcelona longitudinalmente y poco después volaba por la autopista de Castelldefels, probando la velocidad del motor, al que puso, durante unos minutos, a ciento setenta kilómetros hora.

Al pasar cerca del aeropuerto del Prat, sin saber por qué, Joan dirigió la mirada a un avión de «Iberia» que despegaba en aquel instante. Pese a llevar la radio funcionando, oyó el motor del avión y tuvo un presentimiento que le costó olvidar. Fue algo como si hubiese ocurrido algo extrañó en el aparato.

Sin embargo, por el espejo lateral vio que el plateado avión continuaba su vuelo normalmente y comprendió que la ausencia momentánea de ruido debió de ser fruto de su imaginación.

Pocos minutos después, olvidó el cuatrimotor y se dedicó a pensar en la muchacha que le preguntó por el fotógrafo publicitario. Debía de ser sudamericana, sin duda. Y su singular belleza le hizo pensar en que era mucho más hermosa que todas las mujeres juntas que había conocido en los últimos meses.

* * *

La finca parecía estar enteramente desierta. El jardín estaba algo descuidado y las ventanas completamente cerradas.

La verja se abría alzando una aldaba de hierro.

Joan la levantó y avanzó sobre los guijarros, hacia el porche de la entrada. Había pinos alrededor del edificio, algunos setos de flores y numerosas macetas.

Al introducir la llave en la cerradura no encontró ninguna dificultad. La hizo girar, vaciló y luego empujó la puerta para abrirla. No sitió ningún temor, pese a que jamás había estado allí anteriormente, al menos que él recordase.

El mobiliario del vestíbulo estaba enfundado. Vio una puerta corrediza, de algo parecido a cuero amarillento. Al asir el picaporte, todo el cuero se encogió sobre sí mismo, convirtiéndose en una especie de pared de acordeón, y la puerta quedó abierta, con estupor de Joan, que vio ante él un salón, con butacas también enfundadas... Y la columna dórica en el rincón.

Las cortinas estaban corridas. Pese a ello, la fuerte luz del exterior penetraba por las rendijas de las persianas, dibujando líneas sinuosas y caprichosas en las cortinas.

Lentamente, Joan se dirigió al rincón y miró detrás de la columna, la cual sostenía un artístico jarrón. Percibió la baldosa que ocultaba el secreto, bajo el suelo. Al arrodillarse, comprobó que, asiéndola con las uñas, el ladrillo pulimentado se levantaba con facilidad.

Lo retiró, miró la arenisca gris que había debajo y percibió lo que estaba buscando, dibujado perfectamente. Sólo tenía que remover levemente el cemento en polvo. Debajo encontraría un pulsador.

¿Qué ocurriría si lo presionaba? ¿Qué iba a pasar de misterioso y extraño? ¿Qué mundo se iba a terminar para él, dejando paso a otro desconocido acogedor?

Pensó en que le habían sucedido demasiadas cosas extrañas en muy poco tiempo. Pensó en el gran cambio experimentado por su existencia, en el vuelco de su fracaso en éxito, en el dinero cuya procedencia desconocía, en el «Lancia-Fulvia» y en una muchacha cuyo nombre ignoraba.

Su futuro era incierto. Conocía lo que había ocurrido en su vida hasta entonces, aunque sólo fuese en parte, porque los últimos siete días eran una incógnita.

Pero la carta, cuya escritura se borró ante sus ojos, como por conjuro mágico, había sido específica: «Pulsar el botón, bajar al sótano y colocarse los audífonos del "Instructor..."»

Era esto, más o menos.

El pulsador estaba allí, aguardando su índice para ser empujado, hundido más en el extraño suelo de la solitaria casa de Castelldefels.

Joan no vaciló más. Removió la arenisca y presionó el botón oscuro que emergió entre sus dedos. Luego, esperó.

Oyó a su espalda un leve ruido y se volvió a tiempo de ver un sector del piso, que estaba desprovisto de alfombra, compuesto por tres baldosas de anchura por cinco de largo, hundirse unos centímetros y luego deslizarse hasta desaparecer en el extremo opuesto.

En el piso quedó al descubierto un agujero del que salía luz amarillenta e intensa. Joan se acercó y miró abajo, hacia la escalera gris, las lisas paredes y el sector de sótano que se veía desde arriba, desprovisto de todo.

Dio el primer paso y pisó el primer peldaño. Al descender vio aumentar su visión del lugar que se abría ante él, pudiendo distinguir primero los soportes metálicos de una mesa y una silla.

También vio que el techo se volvía a cerrar casi silenciosamente sobre su cabeza, dejándole aislado del resto de la casa.

Pero en el centro de una sala, de unos cuatro metros cuadrados, había una máquina singular sobre la mesa metálica. Joan jamás había visto nada igual. Le pareció lo más avanzando en alguna especie de electrónica, porque su diseño era enteramente extraño, o, en su defecto, jamás visto por él.

Divisó también los audífonos frente a la máquina. Eran como dos orejeras. Las tomó un tanto indeciso, preguntándose cómo se sujetaban a las orejas, puesto que no tenían soporte o abrazadera para la cabeza. Los dos audífonos estaban unidos a la máquina por cables.

Fue al probárselos cuando sintió como si su cabeza tuviese imán, porque los objetos quedaron adheridos a su cráneo.

Joan no reveló sorpresa. Todo era demasiado sorprendente ya para que algo pudiera causarle extrañeza. Casi lo consideró como natural, o, al menos, previsto.

Se sentó, pues, en la silla y miró la máquina. Había un conmutador frente a él. Era el único signo exterior que mostraba el modo de poner el «Instructor» en funcionamiento. También parecía ser el único medio de enterarse de toda la verdad y salir de dudas de una vez para siempre.

Por esta única razón, Joan extendió la mano derecha y sujetó el conmutador con el pulgar y el índice. Probó de hacerlo girar hacia la izquierda, sin lograr moverlo. Luego, lo hizo girar a su derecha.

¡Y al instante pareció notar un estallido en su cerebro!

* * *

Vicky Juárez regresó a su casa, disgustada y de mal humor. No había podido localizar al autor de la llamada, pese a que telefoneó a varios de los fotógrafos con los que había trabajado anteriormente.

Uno de ellos, quizás al recordarla de pronto, le dijo:

—No, lo siento, señorita Juárez. No la he llamado. Pero me ha hecho recordar que necesitaré una modelo para dentro de unos días. Hay que exhibir un nuevo perfume y usted me servirá.

—Gracias, señor Martín. Pero me gustaría saber quién me ha jugado esa mala pasada.

—¿No ha visto a nadie con una cámara provista de teleobjetivo, al salir o entrar de su casa, o frente al lugar donde la han llamado?

—No… Sólo he visto a un joven con un llamante «Lancia» rojo. Y no tenía ninguna cámara con teleobjetivo.

Le había salido un nuevo trabajo. Pero esto no disipó su malhumor. Y, para colmo, al abrir el frigorífico, sólo encontró medio pollo frío, dos tarros de mermelada vacíos y en la alacena no había pan.

Miró su reloj. No era muy tarde aún. Tenía tiempo de bajar al supermercado y adquirir provisiones. Por la tarde quería pintar en el estudio y necesitaba leche, café, azúcar…

—¡Bah! —exclamó despectivamente—. Hoy no tengo ganas de ver al «cara de besugo» del supermercado. Me molesta su modo de mirarme y su empalagosa chinchería. Iré a comer a cualquier lugar del centro. Luego, antes de volver a casa, compraré en una charcutería, donde encuentre carne enlatada, «salame» y algo de mi país.

Así lo pensó y así lo hizo. Se cambió de ropa: se enfundó unos pantalones acampanados, un suéter amarillo y una casaca jaspeada, se colocó las gafas de «ojos de búho» y se caló una gorrita blanca, con visera y borla.

Luego, al mirarse al espejo, echó a faltar algún adorno y regresó al dormitorio, para tomar un enorme collar de abalorios metálicos.

Se lo puso, tomó un bolso grande, capaz de contener la compra que pensaba hacer, y salió del piso, tras cerrar la puerta con llave.

En la calle, menos malhumorada, pensó en algún restaurante para ir a comer. Recordó un lugar donde había ido a cenar semanas atrás, acompañada por el gerente de una firma comercial, para la que exhibió sus productos en un «spot» de televisión. Le había gustado la cena, el lugar y el servicio.

Media hora después, Vicky Juárez detenía su coche frente al «Koldobika-46», en la calle Bruch, y al salir y cerrar la portezuela, se

sorprendió al ver en el otro lado de la calle, un automóvil «Lancia-Fulvia», rojo.

Inmediatamente pensó en el joven a quien pidiera información aquella misma mañana, en la calle Rosellón.

Sonrió y se dirigió hacia la puerta de cristales del restaurante. Entró y pidió una mesa. La simpática recepcionista la acompañó al interior del establecimiento y le entregó la carta. Sin embargo, Vicky miró a su alrededor, por si veía de nuevo al joven del «Lancia-Fulvia».

Y, efectivamente, lo vio en el fondo, sentado ante una mesa, mirándola con expresión de ausencia, sin demostrar reconocerla.

El director del establecimiento se acercó a Vicky, sonriendo amablemente

—Buenas tardes, señorita Juárez.

—¡Oh! ¿Me recuerda usted?

—¡Naturalmente! Vino usted a cenar la semana pasada, con el gerente de «Saersa», el señor Rodrigo. Jamás olvidaríamos aquí a una señorita como usted.

—Gracias. Muy amable. Estoy dudando acerca de la minuta. ¿Puede usted aconsejarme?

—Será un placer —declaró el director—. ¿Ha venido sola o espera a alguien?

Vicky no respondió. Había visto levantarse de su mesa a Joan Castell y se ruborizó ligeramente al verlo avanzar hacia donde ella estaba.

—Perdone, ¿conoce a ese joven que viene hacia aquí? —preguntó.

—No. Lo siento. Jamás había venido antes.

Joan, empero, se acercó a ellos y, mirando a Vicky, preguntó:

—¿Encontró usted al fotógrafo que buscaba?

—¡Oh, no...! Le he reconocido inmediatamente.

El director se apartó un peco, discretamente, mientras daba órdenes a una camarera.

—Es curioso que volvamos a vernos dos veces en el mismo día —indicó Joan Castell —. He venido a este sitio por casualidad.

—Y yo también — confesó Vicky.

—Y ha venido sola.

—Sí. No tengo muchos amigos en la ciudad.

—Es una pena. Merece usted estar continuamente agasajada. ¿No le parecería excesivo atrevimiento si me siento aquí con usted, y la invito a comer? Por favor, necesito hablar con alguien.

Vicky fue a decir que no, pero se contuvo. En la mirada del joven pareció captar una intensa súplica, como si él estuviese a punto de sufrir un grave percance y solicitara ayuda de ella.

Joan se volvió al director del establecimiento, diciendo:

—Por favor, ¿quiere usted presentarme a la señorita? Me llamo Joan Castell.

El aludido sonrió a su vez, complaciente, por estar hecho a toda clase de extravagancias, y se inclinó ante Vicky, diciendo:

—Señorita Juárez, permítame presentarle al señor Joan Castell.

Ella sonrió también y aceptó la mano del joven, respondiendo:

—Mucho gusto, señor Castell. Ni nombre es Victoria Juárez.

Joan se sentó ante ella y se volvió al director.

—Páseme a esta mesa la consumición de donde estaba. Sírvanlo doble y añada una botella de champaña de la «Viuda Cliquot». La señorita Juárez y yo vamos a celebrar nuestro encuentro.

—Sí, señor Castell — dijo el director, haciendo una discreta reverencia.

—¿De qué pueden hablar dos personas que nada tienen en común? — preguntó Vicky entonces.

—De nuestros dos encuentros de hoy — replicó Joan, sonriendo —. Eso es algo que tenemos en común. Usted buscaba un fotógrafo y me ha encontrado a mí. Eso es una gran suerte, porque el avión que estoy esperando ha sufrido cierto retraso y me queda tiempo libre para hacer lo que me plazca.

—¿Se marcha usted de viaje?

—No.

—¿Por qué dice que espera un avión?

Joan sonrió.

—Lo he dicho sin pensarlo. Hablemos de usted. ¿Qué hace en Barcelona?

—Soy modelo de publicidad y pintora. Lo primero para vivir y lo segundo para saciar mi espíritu.

—¿Sudamericana?

—Bonaerense o porteña.

—Delicioso país, aunque jamás he estado allí. La cuna del tago.

—En realidad, desciendo de emigrantes españoles — añadió ella —. Y usted, ¿qué hace? A juzgar por su precioso coche, debe ser un magnate.

El semblante de Joan se nubló.

—¿Me creerá si le digo la verdad? Ni siquiera sé cómo poseo ese coche.

—Eso debe ser un chiste.

—No lo es, créame — dijo Joan con profundo acento de sinceridad en la voz—. Me he despertado hoy en mi apartamiento, he hallado un millón de pesetas en un maletín y el «Lancia» en la puerta.

—Es raro, porque los Reyes Magos no vienen hasta el año

próximo y hace tres meses que pasaron — dijo Vicky, sonriendo.

—Hay muchas cosas raras en mí y no trato de hacerme el enigmático. Tengo la impresión de no pertenecer a este mundo. ¿Se sonríe?

—No puedo soltar carcajadas aquí. Todos nos mirarían. Es más discreto sonreír. Desde luego, es usted un tipo sumamente interesante. Su avión sufre retraso, posee un coche último modelo, que no es suyo y se ha encontrado un millón de pesetas. ¿No se estará inventando un argumento para el cine?

—No..., ¡le estoy diciendo la verdad!

CAPÍTULO III

El comandante Reynolds vio descender a «Mr. Xados» del avión y tuvo la sensación de que su pecho se había convertido en fuelle expulsor de miles de inquietudes.

—Aguarden aquí — dijo a sus hombres.

Echó a caminar sobre el asfalto del hangar, al encuentro del misterioso individuo, a quien vio venir sonriendo a su encuentro.

—Me ha hecho usted morir mil veces — dijo Reynolds.

—Por sí mismo podrá, pues, juzgar mi estado de ánimo, comandante —replicó «Mr. Xados» con una amplísima sonrisa—. ¿Esperaba usted oír el disparo?

—He llegado a rezar incluso, para no oírlo.

—Sus oraciones han sido escuchadas, comandante. De momento, no hay peligro. Los controles de seguridad están en perfecto estado.

—¿Qué es lo que hecho usted?

—Armar la bomba. De un momento a otro podemos recibir la orden de despegar.

—¿Es que el Pentágono piensa utilizar eso... ese artefacto?

—Tal vez. Mi deber es ponerlo a punto, y precisamente aquí. El de usted es pilotar el avión hacia donde le digan y, si llega el caso, lanzar la bomba donde le ordenen.

Richard Reynolds no pudo contener un estremecimiento de horror.

—¿Quiere usted decir que esa bomba puede ser lanzada sobre algún lugar habitado?

—No quiero decir nada. Digo que si le ordenan hacerlo, usted obedecerá sin replicar.

—¿Sabiendo lo que sé?

—¡Es que usted no sabe nada, comandante Reynolds! — replicó «Mr. Xados» secamente—. ¡Nada en absoluto! ¿Me entiende?

—Trato de imaginar la devastación que puede ocasionar ese artefacto.

—No imagine. Venga, comandante. Le invito a tomar algo en la cafetería. Diga a sus hombres que se relajen, pero no deben salir de aquí, ni permitir que entre nadie.

—¿Cómo ha dejado usted... eso?

—En perfecto estado. No hay cuidado.

—¿Quién es usted?

—Un científico que me escondo tras el seudónimo de «Xados». Mi nombre está demasiado vinculado a la ciencia, aunque no soy conocido como un popular. He trabajado varios años oculto en un laboratorio oficial, en una especie de cárcel de cemento, a mil metros bajo tierra, en Nevada.

»Ésta es la primera vez que salgo al exterior en seis años. Lo encuentro todo muy extraño.

—Vamos a la cafetería a tomar una cerveza, Pete

—dijo Reynolds a su segundo—. Quedaos por aquí y que nadie entre.

—¿Podemos... podemos subir al aparato? —preguntó Pete Clarke.

—Sí, pero no toquen la caja — contestó «Mr. Xados».

Abrieron la puerta del hangar. Era una pequeña, auxiliar o de servicio. Fuera, numerosos «jeeps» con tropas aguardaban frente al hangar. Un vehículo se acercó a la carrera. En él viajaba un coronel norteamericano, que preguntó:

—¿Todo bien?

—Perfectamente — replicó «Mr. Xados» —. No hay cuidado. Vamos a la cafetería a tomar algo.

—Bien. Espero que se lleven ese avión de aquí cuanto antes, cualquiera que sea la cosa que lleven en él.

—Yo también quisiera irme cuanto antes, señor

—contestó Reynolds, secamente—. Y si «Mr. Xados» lo cree conveniente, pueden ustedes retirar esa guardia que mantienen.

—Mis órdenes son mantener vigilado el «B-52» con todas mis fuerzas, mientras esté posado aquí... ¡Tanto en tierra como en el aire! — contestó el coronel.

—Haga lo que guste — dijo Reynolds.

—Eso haremos, comandante Reynolds.

* * *

Vicky no supo exactamente lo que ocurrió aquella tarde. En realidad fueron una sucesión increíble de cosas extrañas, insólitas, absurdas. Y la principal era que ella estuviese acompañando a Joan Castell en el coche de éste, paseando por la ciudad, charlando alegremente, sin acordarse para nada de su pintura ni de su compra.

Al salir del restaurante ocurrió el primer incidente.

Un automóvil bajaba a toda velocidad por la calle. Un niño, que estaba junto a su madre, en la acera, salió corriendo detrás de una pelota de plástico que había estado botando.

La madre, enfrascada en la conversación con una vieja amiga a la

que acababa de encontrar, no vio al niño correr, y mucho menos descender el vehículo, a más de sesenta por hora.

La pelota de plástico amarilla distrajo al conductor, obligándole a girar el volante, para esquivarla... ¡Y en aquel momento surgió el chiquillo!

Se oyó un frenazo y la gente se volvió, gritando de terror.

Incluso Vicky cerró instintivamente los ojos, horrorizada ante la inminencia de la muerte del chiquillo, que fue golpeado violentísimamente por el parachoques del vehículo y lanzado contra los otros vehículos aparcados en la acera.

Y, sin embargo, el chiquillo resultó completamente ileso. En pocos instantes, un corro de gente se formó en torno al lugar.

—¡Lo ha matado! — gritó Vicky al borde del histerismo.

—No —respondió Joan suavemente—. De no haber estado yo, seguramente ese niño habría muerto.

Ella levantó la mirada para mirarle, llena de sorpresa.

—¿Cómo dice?

—Nada... No he querido decir nada... Vámonos.

Al otro lado de la calle, la madre abrazaba a su pequeño, casi al borde del histerismo, mientras alguien trataba de reanimar al mortalmente pálido conductor, cuya prisa había terminado tan súbitamente.

Otros hombres querían, a todo trance, llevarse al pequeño a la casa de socorro, y sólo consiguieron asustar a la criatura, quien decía una y otra vez:

—Nada... No me ha tocado... No tengo nada.

—¡Lo ha lanzado contra esos coches! ¡Ha sido un golpe terrible! ¡Tenía que estar...!

—No es nada... No tengo nada...

Y, efectivamente, nada había sucedido... ¡Nada y mucho al mismo tiempo, pero esto no lo podían comprender ninguno de los presentes en el corro de gente!

* * *

¿Y entrar en un cine de arte y ensayo a ver una película extranjera, sin doblaje y con subtítulos, y nadie darse cuenta de que los actores estaban hablando en español?

Sin saber exactamente la causa, Vicky se encontró sentada en una butaca del cine Balmes, viendo «Fangelse», en versión original, una película de Ingmar Bergman, y el sonido del local, durante toda la proyección, estuvo dando el doblaje en castellano, pronunciado por los actores.

¡Un doblaje que nadie había hecho aún, mientras que en la cinta no aparecían los subtítulos!

Y nadie se dio cuenta de ello, ni siquiera el operador cinematográfico.

Por la noche, después de haber tomado un refrigerio en un parador turístico de la carretera de la costa, Joan y Vicky fueron a una «boite sicodélica», donde jamás habían estado ninguno de los dos.

Dejaron el «Lancia-Fulvia» en el aparcamiento y se acercaron a la puerta, donde un portero uniformado les hizo una reverencia.

—Buenas noches, señor Castell — saludó.

—Buenas noches, Jaime — contestó Joan con familiaridad.

Esto hizo suponer a Vicky que su acompañante ya había estado allí muchas veces. Y lo demostró el hecho de que, una vez en el oscuro interior, un «maitre» ceremonioso saludó a Joan también, mencionando su nombre.

—Es evidente que has venido aquí otras veces, y no habrá sido solo — dijo Vicky, cuando se sentaron a una mesita en un discreto rincón.

—Te aseguro que no he estado jamás aquí — contestó él.

—Entonces, ¿por qué saben tu nombre? — inquirió ella, ya que durante la tarde habían tomado confianza suficiente para tutearse.

—Eso es parte de lo que me está ocurriendo — dijo él.

—En serio, Joan. ¿Quién eres tú? ¿A qué te dedicas? ¿De qué vives? Me tienes todo el día intrigadísima. No acabo de comprender ni siquiera por qué estoy contigo.

Él le tomó las manos por vez primera. ¡Y ella las notó extrañamente frías, sintiendo por ello un estremecimiento!

—¿Qué te ocurre? — preguntó él, al sentir que ella retiraba sus manos, antes ávidas de tomar las suyas.

—¿Qué te ocurre a ti? — replicó Vicky, apenas sin voz.

La música era intensa. Un disco de «The Archies», «Sugar, sugar», vibraba en el ambiente.

Un camarero les trajo dos «Crepúsculos». Recibió como pago un billete color verde a la luz del día y allí dentro de una extraña coloración violácea, en el que iba incluida una generosa propina.

—Debo esperar el accidente — musitó Joan.

—¿Qué accidente? — preguntó Vicky.

—El avión que transporta la bomba.

—¡Te estoy hablando en serio! —gritó ella.

Él tenía las manos sobre el tapete de la mesa y estaba extrañamente rígido. De vez en cuando, los destellos de las luces sicodélicas le iluminaban fugazmente, dándole una apariencia espectral.

—Por favor, Joan. No me estropees la noche. ¿Vamos a bailar?

—Sí, vamos.

Se levantaron y se dirigieron hacia la pista metálica donde danzaban algunas parejas. Había dos «go-gó-girls» sobre podios luminosos, agitándose al conjuro, ya que no al compás, de la música.

Así estuvieron ellos durante un rato, hasta que Vicky empezó a sentirse fatigada y aprovechó un lapsus musical para decir:

—Vamos a sentarnos un poco.

Ahora fue ella la que le tomó a él de la mano... ¡Y la volvió a encontrar extrañamente fría!

—¿No te sientes bien, Joan? — preguntó.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?—Él no jadeaba siquiera. El baile no le había producido el menor cansancio.

—Yo estoy sofocada, ardiendo. Tú, en cambio...

—Hago mucho ejercicio — dijo él, pasándole un brazo sobre los hombros.

Al llegar al rincón donde tenían la mesa, Joan la atrajo hacia sí y sus labios buscaron los de ella, rozándose ligeramente. Vicky tuvo la sensación de haber rozado el mármol de una estatua.

Se retiró instintivamente. Nunca le había gustado que nadie la besara. Sin embargo, en aquella ocasión fue diferente. Lo que recibió de Joan no fue un beso, propiamente dicho, sino algo muy distinto, algo inexpresable, gélido... ¡absurdamente helado y sin vida!

Y por vez primera tuvo la sensación de estar acompañada por un muerto... ¡Por un muerto que hablaba, que conducía un automóvil, que bebía y comía! ¡Por un muerto que parecía estar enteramente vivo!

* * *

Vicky Juárez jamás supo cómo llegó al apartamiento de Joan. No supo con exactitud lo que sucedió después de salir de la «boite sicodélica», ni lo que hizo junto a Joan Castell. Como entre brumas, estuvo vagando de un lado a otro, hasta que él la invitó a subir a su «refugio».

Allí bebieron nuevos «whiskies», escucharon música y bailaron descalzos, con la ventana abierta, pero sin alzar los decibelios del altavoz.

Ahora, Vicky estaba tendida en el sofá, con la luz apagada, y apoyada en el pecho de él.

Empezó a recobrar la lucidez. Las brumas del alcohol se iban alejando y la realidad volvía a su mente. Así comprendió que se encontraba con un joven en su apartamiento de soltero, aunque

ignoraba cómo había llegado hasta allí.

Sintió frío y trató de arrimarse a él más de lo que estaba. Instintivamente, se dio cuenta de que el cuerpo de Joan no despedía ninguna clase de calor.

Y esto le hizo pensar en que sólo hacía unas horas que conocía a Joan Castell, y que el apartamiento que ocupaba no correspondía ni al automóvil que llevaba ni al dinero que gastaba de continuo, cambiando billetes de mil pesetas por todas partes.

Vicky se preguntó una vez más qué clase de hombre era Joan.

Tenía apoyada la cabeza en el pecho de él y no escuchaba ni su respiración ni siquiera los latidos de su corazón. Así estuvo un rato, intrigada cada vez más.

Recordó el beso frío que él le diera. Ahora, aquella extraña ausencia de vida. Y de la inquietud pasó a la alarma, pensando que Joan podía haber muerto con ella en brazos.

Gritó y se puso rápidamente en pie; fue hacia la puerta y encendió la luz. Al volverse, vio que Joan se había incorporado y la miraba fijamente, con ojos que parecían un tanto vidriosos.

—¿Qué te ocurre? — preguntó él, sin moverse.

—¡No lo sé, Joan! ¡Creí que...! ¡No sé lo que me pasa contigo! ¡Jamás me había ocurrido nada igual! — se detuvo y consultó su reloj de pulsera—. ¡Oh, son las cuatro y media! Será mejor que me marche antes de que amanezca.

—Quédate... ¡Tenemos tan poco tiempo!—exclamó Joan, con voz apagada.

—¿Poco tiempo? ¿Para qué?

—Para que termine todo. No sé si podré evitar el terrible desastre que se avecina. Se confía en mí para que lo haga. Se sabe que va a ocurrir y nadie puede evitarlo, pero yo debo intentarlo... ¡Yo debo hacerlo, Vicky! — terminó Joan casi gritando, a la vez que se ponía en pie.

Estaba descalzo, como ella. Su semblante se había desfigurado. Pero se volvió hacia la ventana abierta y miró el cielo de la noche.

—Apaga la luz, Vicky... Por favor.

Ella obedeció, sin moverse apenas de donde estaba, tratando de adivinar cuál de las densas sombras era la de él.

—Escucha Vicky. Sé que no vas a creerme. Nadie puede creerme, porque es absolutamente increíble... Hoy, después de conocerte, he estado en un lugar, fuera de la ciudad. Allí me dieron instrucciones y poder. Me lo explicaron todo, y ellos deben saberlo bien. Me dijeron que un avión de bombardeo pasaría sobre esta población, pero no sabían exactamente cuándo, porque su tiempo no era exactamente igual que el nuestro. ¿Me escuchas, Vicky?

—Sí — musitó ella.

—Ese avión está destinado a sufrir una avería en vuelo, debido al nerviosismo de su dotación, uno de cuyos navegantes va a enloquecer de terror y a cometer una torpeza imperdonable.

»No sé quién es, pero me han dicho que se llama Pete Clarke.

«Ocurre, además, que ese avión lleva a bordo algo verdaderamente terrorífico, fabricado en un laboratorio secreto de los Estados Unidos. No sé qué es lo que se proponen hacer con eso, pero si el avión se estrella contra el suelo, se producirá la explosión más apocalíptica que haya realizado jamás el hombre y morirán varios millones de personas.

»Ése será el principio del terror. Oriente y Occidente se enfrentarán en una guerra breve y aniquiladora, de la que no habrá supervivientes. Ni siquiera el planeta podrá resistir al cataclismo universal que sobrevendrá en pocas horas o pocos minutos.

»Será algo que afectará al Sistema Solar, a los otros planetas, porque se producirá un desquiciamiento de la mecánica celeste al fragmentarse en pedazos nuestro mundo, como consecuencia del cual unos mundos se precipitarán sobre otros, chocarán provocando inmensos cataclismos, y la estabilidad puede afectar a sistemas situados a millones de años-luz de distancia por una ley de condicionamiento interestelar todavía no conocida.

—¿De qué estás hablando? — preguntó Vicky, como si las palabras de él hubiesen pasado enteramente desapercibidas.

—Quiero decirte que ese avión puede estar volando ya hacia nosotros y que el desastre puede ocurrir de un momento a otro. Yo necesitaré de toda mi potencia para neutralizar el cataclismo y evitar que se produzca.

—Tengo que irme, Joan — musitó ella, como si nada de lo que él decía le interesase —. Es muy tarde ya.

—Está bien — dijo él lanzando un suspiro —. Te acompañaré en el coche.

Ella encendió la luz, buscaron sus zapatos y las prendas de ropa que les faltaban, y salieron del apartamiento. En el ascensor, rehuyó ella la mirada de él, y en la calle, enteramente desierta, no despegaron los labios mientras él abría las portezuelas del «.Lancia-Fulvia».

—Me gustaría ir a recoger mi coche a la calle Bruch — dijo ella.

—No está en la calle Bruch —dijo él, sentándose ante el volante —. Está cerca de tu casa.

—¡Pero yo lo dejé delante del restaurante…!

—Ya no está allí. Te lo aseguro. Está en la calle Craywinckel.

El estupor de Vicky aumentó extraordinariamente.

—¿Quién lo ha llevado? ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Lo he llevado yo, Vicky.

—¿Cuándo? ¡No nos hemos separado en todo el día! ¿Es que quieres desconcertarme?

Él la miró tristemente y musitó:

—Sé que no puedes comprenderme. Lo siento, Vicky. Puedes ir a recoger tu coche donde quieras. Allí donde quieras que esté, lo encontrarás.

—¡Me gustaría que estuviese en la esquina, para tomarlo ahora mismo e irme! ¡No soporto más tanta… tanto misterio!

Joan no llegó a abrir la portezuela del «Lancia». Tomó a Vicky del brazo y la acompañó por la desierta acera hasta la próxima esquina, donde había numerosos coches aparcados en batería.

Extrañada, Vicky miró los vehículos y su sorpresa fue enorme al ver allí el suyo.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? — preguntó, volviéndose hacia él.

—Lo he traído yo.

Vicky miró el serio semblante de Joan y retrocedió unos pasos.

—¿Quién eres? — preguntó ella, apenas sin voz.

—No lo sé… Te aseguro que no lo sé.

Capítulo IV

Vicky Juárez llegó a su pisito y se tendió en el lecho cuando ya empezaba a clarear el nuevo día. Había conducido su pequeño automóvil por la ciudad desierta casi sin darse cuenta de nada.

Su mente había estado, y continuaba estándolo, absorbida por infinidad de pensamientos absurdos, todos relacionados con Joan Castell Arnau, el joven más extraordinario de cuantos había conocido.

«—¿Por qué me habla así? ¿Qué clase de broma intenta gastarme? Es evidente que no pudo llevar mi auto desde la calle Bruch hasta la esquina de Rosellón, porque estuvimos todo el tiempo juntos... Clare que debió hacerlo algún conocido suyo. Abrir un coche con otra llave es fácil. Joan debió avisar a alguien, sin yo darme cuenta, o cuando estuve en el lavabo decírselo a algún amigo.

«Pero ¿por qué? ¿Y esa absurda y disparatada historia del peligro universal que parece estar situado en un avión que llega con retraso? ¿Está loco.

Vicky no quería admitir que su nuevo amigo estuviese loco. No podía ser cierto. No se comportaba como lo haría un demente. Y, sin embargo, ésta era la única posibilidad plausible. Posiblemente, Joan padecía alguna especie de enfermedad mental y esto le inducía a decir los disparates que se le venían a la mente.

— ¡Pobre Joan! —exclamó, mirando hacia las líneas de luz que se filtraban a través de la persiana del dormitorio—. No debo hacerle caso. Luego, cuan do me levante, le llamaré por teléfono y me disculparé por haberle dejado plantado en medio de la calle. No le diré nada acerca de la broma del coche y procuraré salir otra vez con él. En realidad, es divertido y su manía no parece peligrosa.

Vicky sonrió, bostezó y se levantó. Se desvistió para ponerse el pijama.

Un poco después, Vicky se metía entre las sábanas, estirándose voluptuosamente.

Recordó el susto que le diera Joan, en el apartamiento de él, cuando estaba recostada contra su pecho. En verdad, llegó a creer que había muerto, porque no percibió los latidos de su corazón y estaba enteramente frío.

Se estremeció al evocar aquel recuerdo que atribuyó ahora a una jugarreta de sus sentidos, quizá fruto del alcohol ingerido durante la velada. ¿O acaso todo había sido un sueño?

Ni siquiera estaba Vicky segura de sí misma. Todo cuanto le había ocurrido aquel día, desde la falsa llamada telefónica hasta su

despedida de Joan Castell pasando por el accidente en el que estuvo a punto de perecer un niño, parecía ser algo irreal, extraño, como aquellas formas incongruentes que solía dar a sus cuadros cuando se sumergía enteramente en la pintura.

Por otra parte, Joan Castell tenía atractivo físico. Esto era innegable. El joven le gustaba sin discusión y ella hubiese querido que él fuese de otra manera

—¿Quién es? — se sorprendió a sí misma, preguntándoselo en voz alta.

¿Quién era Joan Castell? ¿De qué vivía? ¿A qué se dedicaba? Ni siquiera una vez había dicho en toda el día algo referente a él. Vicky lo notó. Incluso intentó sondearle.

«—Debes tener un empleo muy bien pagado para gastar tanto dinero —había dicho ella, a la salida del cine Balmes.

»—No tengo ningún empleo... No trabajo —fue la titubeante y confusa respuesta de él.

Vicky no había querido insistir. Comprendió que su amistad era demasiado reciente para pretender ya averiguarlo todo acerca de él.

Y, desde luego, Vicky no creía que Joan tuviese algún procedimiento sobrenatural para salvar la vida de nadie, y menos la de toda la humanidad. Lo que él le dijo pasó totalmente inadvertido, por no haber creído una sola palabra.

Y con la imagen y el recuerdo de Joan en su mente, Vicky terminó por dormirse.

El día empezaba a despertar.

* * *

En la Base de utilización conjunta de Torrejón de Ardoz, el comandante Richard Reynolds y el teniente Pete Clarke estaban tomando un café, sentados ambos en los mullidos asientos del bar.

Allí también estaba amaneciendo ya. Los dos hombres habían pasado la noche completamente despiertos, saliendo y entrando de la cafetería, para ir a la oficina de servicios estratégicos, paseando, visitando el hangar y comprobando que todo estaba en orden a bordo del «B-52».

Había sido una noche interminable, angustiosa, dura.

La mano del segundo oficial temblaba al llevarse la taza de café a los labios y su superior se dio cuenta.

—Debes tranquilizarte, Pete. Si de pronto llega la orden de despegar, hay que tener los nervios templados.

—No estoy nervioso — dijo el joven.

Reynolds sonrió y extrajo un cigarrillo del paquete que había

sobre la mesilla.

—El que no está nervioso es «Mr. Xados». Duerme a pierna suelta.

Efectivamente, tendido en un sofá, en un rincón, frente a la apagada pantalla del televisor, el científico norteamericano dormía plácidamente, como si yaciera en un cómodo lecho.

—¿Qué es lo que ocurrirá, Dick? — preguntó Pete Clarke al dejar su taza sobre el plato.

—¿Qué quieres que ocurra? — preguntó Reynolds a su vez.

—Me refiero a ese artefacto que llevamos en la nave.

—Apuesto mil contra medio a que regresamos a casa con él.

—¡Dios lo quiera! ¡Sería horrible que nos dieran la orden de despegar con rumbo al Este!

—Pase lo que pase, Pete — dijo Richard Reynolds, muy serio —, nuestro deber es obedecer las órdenes.

—¿Y si nos ordenan arrojar la bomba sobre una población? — insistió Pete ávidamente.

Antes de responder, Richard Reynolds suspiró profundamente.

—Mucho me temo que no tengamos más remedio que obedecer.

—Pero... ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

El comandante se puso en pie bruscamente.

—¡Basta, Pete; serena tus nervios! No creo nada de lo que ha dicho «Mr. Xados».

—¿Y por qué no lo crees?

—¡Es imposible!

—Me gustaría creerlo así — musitó Pete, tomando otro cigarrillo y llevándoselo a los labios. Era el trigésimocuarto que fumaba en toda la noche—. Pero si recibimos la orden...

—¡No la recibiremos! —gritó Richard—. ¡Y si la recibimos y nos dejan, la cumpliremos, puedes estar seguro!

—¿Si nos dejan? ¿Qué quieres decir?

—¡Déjame en paz, Pete! Será mejor que vayas al aparato a dormir unas horas. Te conviene estar despejado cuando despeguemos... Voy a la oficina de servicios estratégicos.

Con paso rápido, el comandante se dirigió a la salida del bar.

Pete Clarke no se movió, viéndole marchar. Había encendido un «Dupont» de oro, en el que aparecían marcadas sus iniciales, y la llama temblaba en su mano insegura.

El joven tenía miedo. Un miedo cerval, espantoso, ajeno por completo a su voluntad. Sólo tenía veintisiete años y ante él se ofrecía una brillante carrera militar. Hijo de un general de la U.S.A.F., quiso seguir los pasos de su padre, que fue un héroe de la Segunda Guerra Mundial.

Pete Clarke, empero, estaba asustado ahora. Él sabía que a bordo del avión iba un artefacto cuyo estallido podría desencadenar una

hecatombe. Sabía también que en Varsovia se estaba celebrando en aquellos momentos una conferencia secreta a nivel de embajadores extraordinarios, y que el enviado norteamericano iba a exigir ciertas reparaciones a Oriente, por el descalabro sufrido en el Mar de China a un buque de guerra estadounidense, de cuya tragedia no se había informado aún a las agencias de noticias internacionales.

Pero Pete Clarke lo sabía, al igual que Richard Reynolds y «Mr. Xados».

La situación era tensa. Las relaciones internacionales se habían enfriado extraordinariamente. La línea directa entre Washington y Moscú había funcionado ya varias veces en pocas horas.

¿Qué iba a ocurrir?

Clarke pensó en Ann Sue y entornó los ojos. Habían quedado para verse él jueves último. Él estaba entonces en la base de Richmond. Le había telefoneado a la oficina donde ella trabajaba.

Pero la orden de partida hacia St. John's llegó de súbito, inesperadamente. Hubo de ponerse ropas de vuelo y correr hacia el aparato, llegando segundos antes que Reynolds.

Entonces no sabían exactamente lo que estaba ocurriendo. Creyeron que sería algo así como una comprobación del sistema defensivo del A.S.C. Pero la realidad había sido muy distinta.

¡Aquello podía significar la definitiva guerra total!

—¡Eh, buenos días, teniente Clarke!

Pete se estremeció como si a su espalda hubiese estallado una bomba. Se volvió y vio a «Mr. Xados» mirándole a través de sus gafas.

—¡Oh, buenos días, «Mr. Xados»!—¿Le he sobresaltado? —preguntó el científico, poniéndose en pie y yendo hacia donde se encontraba Pete —. ¿Cómo se puede tomar aquí un café?

—Con una moneda de cinco pesetas, introduciéndola en aquella máquina.

—Gracias.

«Mr. Xados» fue a la máquina de hacer café y regresó con una taza humeante.

—Todavía nada, ¿eh? —observó, por decir algo—. ¿Y el comandante Reynolds?

—Ha salido... Ya está amaneciendo.

—Eso veo.

—Tiene usted un sueño muy profundo, «Mr. Xados». Ni el estruendo de los reactores le ha despertado. Yo, en cambio, no he podido conciliar el sueño.

«Mr. Xados» señaló las tazas de café que había sobre la mesita.

—Parece que no se lo ha propuesto. ¿Está usted inquieto, teniente?

—A decir verdad, sí.

El hombre de ciencia se sentó en el sillón que había ocupado Richard Reynolds y sorbió lentamente su café.

—Yo también estoy preocupado — dijo, sin mirar al joven oficial —. Tengo un corazón como cualquier ser humano. Y por mis pensamientos deduzco los suyos. ¿Le preocupa que llegue la orden de despegue?

—Sí.

—No llegará... ¡No puede llegar! ¿Me entiende, teniente?

—¿Y si no se entienden en Polonia?

—Aunque no se entiendan, la orden no llegará.

—¿Qué ocurrirá si, de pronto, nos comunican que debemos emprender el vuelo y lanzar ese artefacto? — quiso saber Pete Clarke.

—No lo harán. Yo sé lo que es eso. La bomba de «Xenio» es algo escalofriante.

—¿La han probado?

—Sí. Yo estuve en el Pacífico el año pasado, cuando se probó —«Mr. Xados» se estremeció—. ¡Fue algo terrorífico!

—¿Saben ellos que tenemos esta bomba?

—Sí, supongo que sí. Se enteran de todo.

—¿Y a pesar de ello nos retan?

—Quizás no han tenido más remedio. — «Mr. Xados» hablaba en un tono impersonal, sin mirar directamente a Pete Clarke, como si estuviese hablando consigo mismo—. Ni usted ni yo somos políticos. Yo sólo sé lo que significa un estallido semejante. Ignoro dónde pueden lanzar la bomba. Sin embargo, sé que la réplica será fulminante. Ya no habrá nada más después.

—¿Y ha podido usted dormir sabiendo eso? —preguntó Pete Clarke, extrañado.

—Nosotros no somos iguales, amigo mío. Mi concepto de la existencia humana no es igual que el suyo. He pasado largo tiempo encerrado en silos subterráneos. No he sido más que un instrumento técnico y ciego, dedicado a una labor no iniciada por mí. Soy una pieza del engranaje... Una pieza sustituible, sin duda. Tal vez usted crea que estoy colaborando a la destrucción del hombre sobre la Tierra.

»Sí, eso mismo pensé yo hace tiempo. Entonces me puse a temblar de miedo. Pero el contacto directo con la cruda realidad de nuestra insignificancia me ha ido inmunizando paulatinamente.

»Ahora, considero que la destrucción de la raza humana es casi necesaria. Hay muchas lacras difíciles de extirpar. El holocausto no debe ser forzosamente definitivo. Alguien puede sobrevivir, y no me cuento entre los supervivientes. A mí no me interesa nada que no sea

la ciencia. Ésa es la pura verdad.

»Pero el hombre está sentado sobre un barril de dinamita. Hace años que todos tratan de no darse cuenta. Es como si la tragedia tuviese lugar en la casa del vecino, como si supiéramos que nada nos afecta.

«¡Pobres hombres, qué ciegos están! Véalo usted mismo. Todo el mundo ignora lo que puede ocurrir de un momento a otro. Nosotros vamos a ser instrumentos de la hecatombe, si es que se produce. Usted tendrá que obedecer, o le eliminarán. Ya no vale ni siquiera el tener miedo. Hay miles y miles de hombres que ocuparán su puesto en ese avión e irán ciegamente al destino final. ¿Por qué? ¡Ah, eso quisiera saber yo!

—¡Habla usted con un fatalismo desconcertante, «Mr. Xados»!

—No trato de desconcertarle, teniente. Hago repaso de conciencia... En realidad, cuento los minutos. Puede que la conferencia haya terminado ya y en estos momentos los representantes están informando a sus respectivos gobiernos.

»La decisión final no la tomará un solo hombre. Puede que un consejo estudie la situación. Tal vez confíen en salvarse ellos, refugiándose en las entrañas de la tierra, lo que es una forma de cobardía, aunque yo no acuso a nadie, ni debo hacerlo.

»No arreglaremos nada, puede estar seguro. Si viene la orden de seguir adelante, usted y yo, todos nosotros, la obedeceremos sin rechistar.

—¿Y las consecuencias? — preguntó Pete Clarke, con voz tensa.

—¿Y qué importa eso? ¿Acaso espera salir con vida?

— ¡Yo no quiero morir!—gritó Pete Clarke, mortalmente pálido, a la vez que retrocedía unos pasos. «Mr. Xados» le miró de forma muy extraña.

* * *

—¿Quieres comer conmigo, Vicky? —preguntó la voz de Joan Castell, a través del hilo telefónico.

Ella sonrió y se echó el cabello hacia atrás.

—Sí. ¿Todavía no ha llegado tu avión, Joan?

—No. Todavía no. Puede que llegue hoy o mañana. Nos quedan, pues, unas horas para estar juntos. Creo que debemos aprovecharlas.

El hermoso semblante de Vicky se nubló.

—¿Qué tonterías dices, Joan? ¡Eres desconcertante! ¿Por qué no hablas en serio?

—De acuerdo. Acabo de regresar de Castelldefels y me han dicho que no debo gastarme antes de tiempo. Por tanto, debo ser todo lo

humano que pueda.

—Eso me parece mejor. ¿Dónde iremos?

—Me gustaría ir a un lugar tranquilo, fuera de la ciudad... En la costa. Ahora no hay muchos turistas, pese a que ya empieza la temporada. Y sé de un hotelito, cerca de San Pol de Mar...

—¡Pero si son las dos de la tarde! — exclamó Vicky.

—A las tres podemos estar allí. Paso a recogerte dentro de quince minutos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Sabes dónde vivo?

—Tanto como tú — contestó él.

—Yo no te lo he dicho. ¿Cómo lo sabes?

—Te asombrarías de las cosas que sé.

Ella, riendo, replicó:

—Luego me las cuentas, ¿eh?

—Hoy me pasaré el día hablando de ti, de tus cuadros... «Ira inmersa» me gusta mucho.

El semblante de Vicky se puso ceniciento y su expresión se alteró, trocándose la risa en estupor.

—¿Cómo sabes...?

—Olvídalo, Vicky — dijo la voz de Joan por el hilo telefónico.

—¡Nadie, excepto yo, sabe que he pintado ese cuadro! ¡No comprendo cómo lo has averiguado!

—Admito que soy un mal agente de «Surwa» — replicó Joan—. No puedo evitarlo. Y, desde luego, debes admitir que soy un tipo extraordinario. Pero te he prometido no causarte más inquietudes. De modo que no me hagas caso, oigas lo que oigas o veas lo que veas. Hasta dentro de quince minutos.

—Adiós, Joan — dijo Vicky, colgando el teléfono pensativamente.

Permaneció unos instantes con el auricular en la mano, como aturdida, sin saber qué hacer. Joan Castell era sumamente desconcertante. Le decía cosas que aumentaban su zozobra e inquietud. No quería admitir que Joan fuese un hombre singular, único, de una especie desconocida y sobrenatural. Y, sin embargo, se iba convenciendo de que algo extraordinario la iba envolviendo.

—No puede ser... No puede ser cierto... ¡Es imposible!

Se fue al cuarto de baño diciéndose que Joan Castell la estaba haciendo objeto de una broma. Todo aquello debía tener una explicación lógica. Debía ser algo en lo que ella no había pensado, sorprendente, pero normal, porque no podía ser de otra manera.

Y, sin darse cuenta, todos sus pensamientos se llenaron de ideas absurdas, obsesivas casi.

Joan Castell era para ella algo íntimamente inquietante. Y, por vez primera, la intuición de algo desagradable empezó a dominarla.

Lo percibió mientras se duchaba. Tubo la sensación de que el destino la había elegido como testigo de un inmenso drama, de una tragedia terrible, cuya sola intuición la sobrecogía.

Y bajo esta impresión se vistió con elegancia, para salir al encuentro del hombre más enigmático que había conocido en toda su vida.

Él, naturalmente, estaba esperándola sentado al volante de su «Lancia-Fulvia», con un cigarrillo humeando entre los labios. La miró y le sonrió.

Vicky sintió desvanecerse todos sus temores en aquel momento.

Era mediodía. El sol, intenso, lo invadía todo de vida…

Capítulo V

Se bañaron en la playa, jugando luego como niños dentro y fuera del agua. Luego comieron alegremente a la sombra de un emparrado, detrás del hotelito sólo ocupado por turistas alemanes.

Debía ser aquél un día señalado, inolvidable, para ambos.

Sin embargo, cuando estaban tomando café, acariciados por la fresca brisa del mar, ella le tomó las manos y dijo:

—Me agrada estar contigo, Joan... ¿Por qué tienes las manos tan frías?

—Es porque mi corazón no late — respondió él.

Ella le miró a los ojos. Y de nuevo se sintió envuelta en la vorágine de las inquietantes dudas.

—¡Qué cosas dices!—exclamó Vicky, sin saber si hablaba bien o mal.

—Puedes comprobarlo — añadió Joan, llevando la mano de ella hacia su pecho desnudo.

Ambos estaban en traje de baño.

La mano de Vicky se apoyó en el pecho de él. Percibió el frío contacto de su piel morena y sintió encogérsele el corazón.

—Tú no estás muerto, Joan.

—Eso es lo único que no sé, Vicky — respondió él, muy serio.

—No te comprendo... No puedo comprenderte. Es absurdo todo lo que me dices... ¿Por qué me miras así?

Él retenía la mano de Vicky, apoyada en su pecho, a la vez que la miraba intensamente a los ojos, como si pretendiera penetrar dentro de ella.

—Te dije que «Surwa» me utiliza para ejecutar una importantísima misión —habló él—. Yo no sé nada acerca de mí. Te estoy hablando en serio. Por favor, debes creerme, Vicky. Sé que no soy real, pero existo. Sé que nadie puede comprenderme. Sé que necesito estar aquí, esperando ese avión que ha de llegar. Sé que pasará sobre la ciudad y ocurrirá algo grave a bordo.

«Entonces comprenderás, porque lo verás con tus propios ojos, aunque no conozcas la causa del poder que me ha dado «Surwa».

—¿Quién es «Surwa»? — preguntó Vicky, como sojuzgada.

—No es nadie. No lo he visto, pero me ha hablado. Está en alguna parte, en una dimensión diferente a la nuestra. No es un ser. Es «algo»... ¡Algo que sabe!

—¿Algo? ¿Bueno o malo?

—«Surwa» es todo bondad. Está por encima del bien y el mal. No es como nosotros. Me dijo una cosa que llevo metida en la cabeza y no logro olvidar. Dijo: «No soy el padre de los hombres... ¡Soy los hombres!». Y creo entender que es como la unión de todos los seres del universo entero.

—¿Te refieres a Dios? — preguntó Vicky, apenas sin voz.

—No lo sé. No quiero pecar. Pero si « Surwa » no es Dios, es lo más parecido que existe. Digamos que puede ser el destino, el siervo de Dios... Es algo.

—Pero ¿por qué? Intento comprenderte, creerte, y no lo consigo. ¿Qué estamos haciendo aquí? Tú hablas, te mueves, piensas, me ves y te veo. Estás vivo, pues.

—Hago todo eso que tú dices, Vicky. Pero creo que no estoy vivo. Creo que el último vínculo que me une a este mundo eres tú y ese avión que ha de llegar.

—¿Y si no llega?

—Sé que llegará. Está en alguna parte, esperando algo que ocurre en otro lugar. Todo está previsto, estudiado, como si ya hubiese ocurrido. Yo debo estar aquí, cerca del sitio en que ocurrirá el accidente.

—¿Qué accidente?

—Por favor, Vicky. Si no puedes comprenderlo, ¿cómo quieres que te lo explique?

Ella se levantó de la silla y se volvió de espaldas a él, para ir a inclinarse sobre la balaustrada de piedra y hiedra. Estaba profundamente emocionada, casi a punto de romper en llanto.

¡No podía admitir nada de lo que él estaba diciendo!

Sintió las frías manos de Joan apoyarse en sus hombros y esta vez no se estremeció en absoluto. Se volvió y vio las pupilas suplicantes de él.

—Créeme, Vicky. Puede que éste sea el último día que estemos juntos. Así está escrito.

—¿Te irás?

—Sí. Todos nos iremos antes o después, para reunirnos en un lugar que es como un valle infinito, donde reina la felicidad completa. Me lo ha dicho «Surwa». Allí sabremos que el tiempo no existe. Allí estaremos siempre juntos los que nos hemos amado... Siempre juntos, Vicky.

»Por eso te digo que nuestra separación no debe entristecerte. El tiempo ideado por el hombre para contar los años es una quimera. No hay tiempo allí donde nos encontraremos.

»Es como tus cuadros. Quieren expresar lo que no puedes ver ni comprender. Estás atada a la materia. Has nacido. Debes vivir. Yo he vivido.

—Bésame, Joan — suplicó ella.

Él acercó sus labios a los de Vicky.

¡Y por vez primera y única, la joven sintió el apasionado calor, el fuego y el deseo del amor!

Lo sintió penetrar en su corazón con fuerza. Joan Castell no estaba muerto. Vibró todo él al estrecharla entre sus brazos, uniéndose, al parecer, en un solo ser.

—¡Vida mía!—jadeó Vicky.

Una señora de cierta edad, alemana, apareció en la escalera. Les miró y sonrió con ternura, diciendo:

—*Er ist schon der Liebe!* (¡Qué bello es el amor!)

* * *

Regresaron a Barcelona al anochecer, dando un agradable paseo a la orilla del mar, sorteando !a playa, hasta llegar a Mataró, donde penetraron en la autopista de peaje.

—¡Aprieta a fondo el acelerador, Joan! — gritó Vicky—. ¡Tengo deseos de volar!

—De acuerdo, querida. Puedes estar segura de que nada nos ocurrirá. Voy a probar lo que da el motor.

—No me importaría estrellarme contigo. No tengo miedo a morir — contestó ella, radiante de felicidad.

Rieron ambos irresponsablemente, y él empezó a pisar el gas del coche, contemplando cómo subía la aguja del cuentakilómetros, que pronto pasó de los ciento cincuenta, mientras el vehículo, transformado en un bólido, hacía palidecer a todos los conductores de los otros coches que iban quedando rápidamente atrás.

El «Lancia-Fulvia» rebasó en mucho a una pareja de motoristas de la Guardia Civil de Tráfico que salió en su persecución, con ánimo de detenerles y multarles por exceso de velocidad y por temeridad evidente y demostrada.

Pero los agentes utilizaron la radio, advirtiendo a otro control, en Mongat, y fue al aminorar la marcha, minutos después, cuando los agentes hicieron señas a Joan para que se detuviera.

Él, sonriendo, obedeció.

—¿He cometido alguna infracción, agente? — preguntó Joan.

—Varías —replicó el agente, sacando su talonario de multas—. Nos han avisado por radio que ha pasado por Premiá a más de ciento cincuenta por hora.

—Se han equivocado —contestó Joan—. Iba a ciento ochenta. Los dos agentes se miraron.

—Había una señal de limitación de velocidad.

—Lo siento. Creí que todo el tramo era libre. Pero no se preocupen por la multa. La pagaré con gusto — dijo Joan. Echó mano al bolsillo y sacó un grueso fajo de billetes de mil pesetas.

—Voy a ponerle cinco mil pesetas de multa — dijo el agente.

—Mejor diez mil, por favor — pidió Joan, tendiendo varios billetes al agente.

—No podemos cobrarle. Lo pagará usted en papel del estado. Tiene quince días de plazo.

—No podrá ser. Deben cobrar ahora o no cobrarán más tarde.

—¡Vasta ya de ironías! — intervino el otro agente con acritud—. Ahora nos acompañará usted a la comandancia de Tráfico. Allí le enseñaremos a conducir con moderación.

Joan, con el dinero en la mano, se volvió hacia Vicky, que estaba silenciosa y grave a su lado.

La miró fijamente, de un modo raro, intenso.

—¡El avión, Vicky! ¡Acaba de despegar con destino a la Base Aérea de Eesligen, en Alemania! ¡Dentro de una hora llegará a la vertical de Barcelona!

—Síganme a marcha moderada —dijo el agente de tráfico—. Mi compañero irá detrás de ustedes.

Esta voz pareció sacar a Joan de su abstracción. Se volvió al agente y le dijo:

—Lo siento... Lo siento profundamente. No puedo acompañarles.

Los dos agentes se miraron, parecieron vacilar un instante, y luego, de común acuerdo, se alejaron en dirección a sus motos. Las pusieron en marcha y uno de ellos salió a la calzada, advirtiendo previamente la maniobra, para acercarse al coche que Joan estaba poniendo en marcha.

—Puede usted marcharse, Joan Castell — dijo el agente—. Le deseamos mucha suerte.

—Gracias... Adiós, amigos. Siento haberles molestado.

Los dos agentes se alejaron y Joan reanudó la marcha hacia el centro de la ciudad.

* * *

Efectivamente, en la jefatura de órdenes de la Base de utilización conjunta de Torrejón de Ardoz, se acababa de recibir un mensaje, cuyo texto decía así:

Aparato pilotado por Comandante Richard Reynolds despegará inmediatamente con destino a la base aérea de Eesligen.

La orden fue transmitida inmediatamente a Reynolds, que estaba cenando en el restaurante, en compañía de Pete Clarke y «Mr.

Xados». El oficial que llevó el despacho se acercó a la mesa, saludó y dijo:

—Orden de despegue inmediato, señor.

Los tres hombres palidecieron, mirando anhelantes al oficial.

—¿Hacia dónde? — preguntó Reynolds, extendiendo la mano para tomar el sobre.

—Eesligen.

—¡Al Este! — pareció jadear Pete Clarke, atragantándose y sintiéndose súbitamente sacudido por un calambre vertebral.

Reynolds tomó el sobre, lo abrió, extrajo el mensaje y lo leyó. Sus manos temblaban.

—Vámonos —dijo—. Ha llegado el momento... Nos acercamos al momento final.

—¡No! —gritó Clarke. Se puso en pie, retrocedió y volcó la silla —. ¡No iré! ¡No voy! ¡Quiero regresar a Richmond!

Todos los oficiales que había en el comedor se volvieron a mirar a Clarke, cuyo rostro estaba terriblemente descompuesto.

Reynolds se acercó a él y le agarró del brazo.

—¡Cállate; es una orden!

—¡No iré, señor! ¡No iré a...!

El puño izquierdo de Richard Reynolds pegó violentamente en la mandíbula del otro, haciéndole tambalearse y retroceder como aturdido. El golpe obró el efecto deseado, y Clarke cerró la boca, mirando a su jefe como un perro enfermo miraría al amo que le atiende.

—Me ha pegado... Me ha pegado, señor.

—¡Ya basta! Vamos al aparato. Pete. Allí hablaremos... Venga, «Mr. Xados».

Se dirigieron hacia la salida, acompañados por el oficial que les había llevado el mensaje.

Fuera, Richard Reynolds se detuvo y dijo a Clarke:

—Controla tus nervios, ¡no importa lo que ocurra! Tienes que serenarte o los hombres se amotinarán. No vacilaré en matar al primero que intente desobedecerme. ¿Comprendes, Pete?

El joven no respondió. Tema la mirada fija en el suelo. Pretendía serenarse, pero el miedo espantoso se lo impedía.

—Sí... comprendo, Dick.

—Eso está mejor, muchacho. La orden no significa nada.

—Significa que hemos de aterrizar en Eesligen, a repostar. Luego, emprenderemos viaje hacia la muerte.

—Señores — intervino «Mr. Xados», con voz solemne—, sé que esto es una cosa muy seria, pero no tenemos elección. Ocurra lo que ocurra, las órdenes han de ser obedecidas y no hay escapatoria. Si yo supiera que no obedeciendo se iba a conseguir algo, sería el primero

en desobedecer, o bien estropearía los controles de la bomba de «Xenio» para que no hiciera explosión.

«Pero ni ustedes, ni yo, podemos hacer absolutamente nada. Por ello, cumplamos con nuestro deber y que sea Dios quien nos juzgue. Si el Presidente ha tomado esta decisión, sus razones tendrá. Nosotros no sabemos exactamente lo que ocurre.

—Así pienso yo, «Mr. Xados» —contestó Richard Reynolds—. Vamos al aparato.

Pete Clarke se dejó conducir hasta el hangar, donde aguardaban los restantes miembros de la tripulación.

En pocos minutos, y a la luz de los focos, los remolcadores sacaron el enorme aparato a la pista y se dispuso todo para el despegue, que se realizó sin tropiezos.

En la cabina de mando, todavía pálido y nervioso, sentado ante los innumerables controles, se hallaba Pete Clarke, silencioso y abismado en sus nefastos pensamientos.

—Pon atención a todo cuanto haces, Pete —le recomendó Reynolds —. Si cometemos un error y sufrimos un percance, las consecuencias podrían ser catastróficas.

Pete Clarke no contestó.

Poco después, desde la torre de control les daban la señal de salida y el gigantesco aparato, llevando en su interior la bomba de «Xenio», con el enorme peligro que ello representaba, se deslizaba por el macadán, para, al extremo de la pista, elevarse suavemente y emprender vuelo hacia el nordeste.

¡Un vuelo que tendría pronto un trágico fin!

* * *

En el Paseo Marítimo, Joan Castell miraba ansiosamente el cielo. Era una noche cálida y muchas personas habían salido a pasear y gozar de la fresca brisa marina.

Vicky Juárez estaba con él, mirándole, aferrada con ambas manos a su brazo, sin distraer la mirada en nadie ni en nada.

—¿Qué va a ocurrir, Joan?

—Algo terrible, Vicky. El avión está en camino. Vendrá del sudoeste. En realidad, no estamos en su ruta, pero vuela por encima de los diez mil metros y alguien va a cometer un error en la navegación… Su nombre es Pete Clarke, es un joven oficial, que está terriblemente asustado. Intenta aparentar calma, pero su jefe, el comandante Reynolds desconfía de él.

—¿Cómo sabes todo eso, Joan? —preguntó Vicky.

—Me lo ha dicho «Surwa». Él lo sabe todo.

—¡Es increíble!

—No para mí.

—¡Tú también eres increíble, Joan! Lo que ha ocurrido con los guardias de tráfico me parece cosa de magia o hipnotismo.

—Puede que tengas razón. Esos dos hombres estaban cumpliendo un deber. Creyeron que me burlaba de ellos y su obligación era imponerme una sanción. Pero yo no podía perder tiempo en estos momentos. Lo siento de veras. Ellos no sabrán nunca lo que ha ocurrido.

—Pero…, ¿por qué se fueron así, de repente?

—Obedecían un mandato de «Surwa», seguramente. Nada ni nadie puede interferir conmigo en estos preciosos instantes. Ahora veremos si «Surwa» tiene razón. Yo debo concentrarme intensamente cuando se produzca el accidente aéreo. Debo desviarlo de esta ciudad y dirigirlo hacia el mar. Durante unos minutos habrá lucha en la cabina de mando…

—¿Lucha?

—Sí. Clarke está muy excitado y cometerá un error… ¡Ya está sucediendo! —exclamó Joan— ¡Lo siento perfectamente dentro de mi cerebro!

Al decir esto, el cuerpo de Joan se puso tenso.

Vicky captó perfectamente la contracción de los músculos y casi sintió la extraordinaria tensión del joven, cuyos nervios parecieron vibrar bajo su piel.

—¿Cómo puedes saberlo? ¡Explícamelo!

Cerca de ellos pasó un matrimonio de cierta edad, quienes les miraron sin mucha atención. Junto a la calzada, otra pareja de jóvenes contemplaba el «Lancia-Fulvia» con admiración.

—No puedo explicártelo. No sé por qué razón, pero, lo estoy viendo. Pete Clarke ha movido una palanca y desviado el timón. El comandante Reynolds, que no le pierde de vista, se ha percatado y le grita: «¿Por qué haces eso, Pete?».

«Ahora discuten. Reynolds quiere volver a la dirección primitiva. Clarke saca una pistola de una caja y grita: «¡Regresemos a los Estados Unidos, Dick!»

«Ahora es Reynolds quien ataca a su compañero. Salta sobre él y le golpea. Clarke dispara y Reynolds recibe un balazo en el muslo, doblándose sobre su asiento.

Joan calló de pronto. Ahora estaba mirando hacia el cielo, en una dirección determinada.

Vicky creyó escuchar el distante ruido de un avión a reacción.

—¡Se va a producir el accidente, Vicky!

Ella levantó la mirada al cielo y siguió la dirección en que miraba él. No estaba segura, pero entre la miríada de estrellas, creyó captar

un destello débil e intermitente.

—¡Allí está!

—Sí... Allí está... Ha llegado el momento, Vicky. En ese aparato va una bomba que si estalla cambiará el curso de todo, incluso del sistema planetario. Yo debo impedir que estalle.

—¿Cómo pretendes lograrlo?

— Concentrando todo mi poder mental... ¡Tengo que utilizar todo el poder que «Surwa» me ha dado! ¡Y debo hacerlo ahora mismo! ¡Ya empieza a caer el aparato!. ¡Tengo que impedir que se estrelle! ¡Debe planear sobre el mar y hundirse sin explotar! ¡Tengo que hacerlo!

De pronto, algo pareció estallar dentro de Joan Castell. Su gesto espectacular, alzando los brazos al cielo, fue captado por los paseantes, que se detuvieron a mirarle.

Vicky retrocedió asustada.

CAPÍTULO VI

«—Estrellaré el avión sobre el mar... Moriremos todos, pero la bomba no destruirá un país y a todos sus habitantes —iba diciendo Pete Clarke para sus adentros—. ¡No seré un asesino, un genocida! ¡No quiero participar en esta horrible matanza!

»Dick tratará de impedírmelo. Pero sacaré la pistola de la caja y le intimidaré. Él sabe lo que significa un disparo en el interior de la cabina de vuelo. No se atreverá a mover ni un dedo. Y, si lo hace, peor para él... ¡Soy capaz de matarle! ¡La vida de un hombre, aunque sea mi amigo, bien vale la salvación de tanta gente inocente!

»¡Y debo hacerlo ahora mismo! ¡Así!

Pete Clarke miró de soslayo a Richard Reynolds y empujó la palanca del timón.

—¿Por qué haces eso, Pete?

—¡No iremos a Eesligen!

—¿Estás loco? ¡Vuelve a poner la palanca como estaba!

Richard Reynolds se levantó de su asiento. Y en aquel mismo instante. Pete abrió la caja y tomó la pistola. Era una «Colt-45», automática:

—¡Regresaremos a los Estados Unidos!

—¡Cumpliremos las órdenes que nos han dado! — aulló Reynolds, saltando hacia el enajenado Pete, en el instante en que éste oprimía el gatillo.

Pete recibió un golpe en la mandíbula, que le hizo retroceder violentamente, pero el comandante de la nave aérea, herido en el muslo, se desplomó sobre su propio asiento. No perdió el sentido, pese al dolor intenso. Miró a Pete y dijo:

—Es mejor que me hayas dado a mí... Si perforas la cabina nos habríamos estrellado y las consecuencias serían mucho peores, porque iban a pagar las gentes de este país amigo e inocente.

—¡No tiene que pagar nadie, Dick! —gritó Pete, encañonando todavía a su jefe, a la vez que se abría la puerta de la cabina y aparecía el radiotelegrafista North, que se quedó estupefacto al ver la escena.

—Diga a «Mr. Xados» que venga, North — ordenó Clarke.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Se ha amotinado... Haga lo que le dice o será peor —ordenó Reynolds.

North retrocedió, mientras Clarke añadía:

—No volveremos a los Estados Unidos... No tenemos bastante combustible, seguramente. Pero podemos arrojar esa bomba al fondo del Mediterráneo. «Mr. Xados» inutilizará su mecanismo.

—No lo hará...

—¡Si no lo hace, le mataré!

«Mr. Xados» apareció casi en el acto. Venía acompañado por dos hombres.

—¡No pasen de ahí! —gritó Clarke, amenazador, blandiendo el arma— ¡Pienso arrojar la bomba al mar y quiero que usted retire los controles que pueda tener para evitar que estalle!

—¡Eso es imposible ! —replicó «Mr. Xados» —. Yo los he conectado todos. En el momento de ser lanzada, se dispara el mecanismo automático, que acciona un altímetro, de forma que la explosión se producirá a unos quinientos metros de altura. Todo es automático. Si la tiramos al mar, estallará.

—¡Tiene usted que desconectar ese aparato! ¡Hágalo o le mato, «Mr. Xados»!

—Lo siento. El mecanismo no fue ideado por mí. Se aprobó en una junta de técnicos y se realizó de esta forma para que no pudiera fallar. Si la bomba es lanzada al mar, estallará inexorablemente. Sólo dejándola aquí, donde está, no sucederá nada. Para desarmarla es preciso llevarla al arsenal atómico de St. John's.

—¡Está loco! —gritó Reynolds— ¡No le haga caso!

—¡No admito excusas, «Mr. Xados»! ¡Haga lo que le digo o disparo!

—Será mejor que se calme, teniente — dijo «Mr. Xados» —Déme ese arma.

—¡No! ¡Atrás todos!

«Mr. Xados» era un hombre templado y seguro de sí mismo, que carecía de nervios. Avanzó hacia Clarke a la vez que llevaba la mano al bolsillo de su chaqueta, para extraer el revólver que siempre tenía allí oculto.

Pero no llegó a extraer el arma.

La mente de Pete Clarke pareció estallar en un turbión de locura y su dedo índice se crispó de nuevo sobre el gatillo. Las balas salieron casi simultáneamente del cañón del arma, hiriendo a «Mr. Xados» en el abdomen y en el pecho.

¡Otras balas pegaron contra el muro, perforando!

* * *

Sobre la vertical de Barcelona, a la diez y treinta minutos de

aquel ocho de julio, la tripulación de un avión militar norteamericano vivió el drama más alucinante de la historia de la humanidad, por causa de la súbita locura de un hombre al que el miedo hizo perder la cabeza.

En el Paseo Marítimo, otro hombre, muerto físicamente desde ocho días atrás, obedeciendo órdenes procedentes de una extraña dimensión, concentraba la fuerza que «algo» había acumulado en su mente, para llevar al avión, contra toda ley gravitacional, hacia mar abierto.

Vicky Juárez fue testigo de la extraña y silenciosa escena.

Vio a Joan, con el rostro crispado desencajado, en actitud inusitada, dirigiendo el «chorro de su fuerza mental» hacia el cielo, ¡y hasta creyó captar el magnetismo poderoso que brotaba de él!

Retrocedió asustada. Los otros testigos, también impresionados, se aproximaron para ver a Joan más de cerca.

El «B-52», en el cielo, cambiaba su rumbo y descendía. Nadie, excepto Joan y Vicky, sabía lo que estaba ocurriendo en el interior de aquel aparto.

Pero la escena que el joven actor fracasado estaba dando, en plena calle, a la luz de las altas farolas de vapor de mercurio, era algo que no olvidarían fácilmente los que la presenciaron.

¡De pronto, el cuerpo de Joan empezó a brillar, como si se hubiese vuelto fosforescente, inundado de luz propia o de electricidad!

La gente gritó.

—¡El hombre eléctrico! —gritó alguien, echando a correr.

El grupo se dispersó a la carrera, lanzando alarmantes gritos. Pero Joan ni se percató de ello, concentrado como estaba en su inmensa tarea en su suprema misión, ayudado por «algo» que no podía fallarle en aquellos instantes.

Joan estaba socorriendo a la humanidad en peligro y lo hacía luchando contra el propio destino, contra las leyes naturales, contra la misma esencia de la física... ¡Utilizando procedimientos que el hombre no descubriría hasta después de transcurridos varios cientos de siglos!

Y el avión militar, perdiendo altura, pasó rugiendo sobre la ciudad, yendo a perderse en la distancia, sobre el mar, donde terminó por hundirse casi con suavidad, arrastrando consigo a todos sus tripulantes y sepultando en los abismos marinos el artefacto aniquilador.

Cuando el fondo del mar acogió al aparato, que la presión de las aguas aplastó como si fuese de papel, la bomba de «Xenio» quedó allí, aprisionada, intacta, neutralizada por la misma esencia de su extraño mecanismo de explosión.

Ya no podía estallar. Estaba a más de mil metros de profundidad, rodeada de cadáveres. Su misión se había cumplido y, por el momento, la humanidad podía respirar tranquila.

Joan Castell Arnau, singular héroe de aquella misteriosa aventura, siguió enviando su increíble poder mental hasta que el aparato y su carga quedaron en lugar seguro.

Su cuerpo había adquirido durante unos minutos la misma coloración del hierro fundido, como si todo él, incluso sus ropas, fuesen un ascua. Y de sus prendas de vestir no se habría de encontrar después ni vestigios. -

Su cuerpo fue recogido del suelo enteramente desnudo y conducido a una ambulancia. Antes, sin embargo, aquel sector se llenó de agentes de policía, tanto municipal como de seguridad, que acudieron avisados por los sobrecogidos testigos.

El primero en llegar fue un coche patrulla del 091, cuyos inspectores cubrieron el cuerpo de Joan con sus chaquetas, tras haberle tomado el pulso y auscultar su corazón. Otros agentes de uniforme atendieron a Vicky y la condujeron al coche.

—Este hombre está muerto — dijo el inspector de servicio—. Pero no entiendo cómo estaba así.

—Puede que se haya quitado la ropa. Debía estar bañándose completamente desnudo y, al salir al paseo, esa chica se desmayó al verlo.

—¡No, no! ¡Él estaba vestido! ¡Su cuerpo despedía luz! — gritó un hombre que había presenciado la transformación de Joan.

—Por favor, retírense... Usted venga aquí... ¿Quién sabe lo que ocurrió?

Los inspectores empezaron su interrogatorio, quedándose pronto sorprendidos de la extraña y disparatada coincidencia de los testigos, los cuales, con poca variación, dijeron todos lo mismo:

—Le vimos gesticular, con los brazos en alto, mirando al cielo. Creí que estaba ensayando una escena teatral para la señorita que le acompañaba... ¡Iba vestido con una camisa clara y una levita abierta! Y pantalón gris, muy ancho. Yo lo vi desde el otro lado de la avenida. Se fue poniendo eléctrico.

—¿Eléctrico? — había preguntado el inspector.

—Sí... Bueno, como si tuviese luz propia... Una luz que se hizo intensa, de color rojo brillante, como la luz del sol. Y así estuvo mientras el avión pasaba sobre nosotros.

Otro dijo:

—La señorita que le acompañaba se desmayó al ver aquello. Nosotros echamos a correr.

Sin embargo, la principal testigo fue Vicky Juárez, a la que interrogó otro agente de policía en cuanto se recobró.

—¿Conoce usted al muerto? — preguntó el inspector rudamente.

—¿Muerto? — repitió Vicky con desmayo.

—Ese sujeto desnudo que hay ahí.

—¿Está muerto Joan?

—Sí.

Vicky abatió la cabeza y prorrumpió en llanto amargo y desconsolado.

—Siento mucho lo que ha sucedido. Nuestro deber es hacer un informe. Un penoso deber, casi siempre. Debe usted decírnoslo todo.

Vicky hizo un esfuerzo y se rehízo. Pero las lágrimas continuaban afluyendo a sus ojos, al responder:

—Sí, le conozco desde ayer. Es un hombre muy extraño.

—¿Cuál era su nombre? — preguntó el inspector, subrayando el hecho probado de la muerte.

—Joan Castell... Vive en un apartamiento de la calle Rosellón... ¡Y no es de este mundo!

El representante de la autoridad arqueó las cejas.

—No, indudablemente. No es de este mundo. En el Instituto Anatómico Forense nos informarán sobre las causas de su muerte. ¿Cómo se llama usted?

—Victoria Juárez. Soy argentina y llevo poco Tiempo en España. Soy pintora y trabajo para algunas agencias de publicidad.

—Comprendo. De todas formas, habrá de venir con nosotros a la comisaría de la Barceloneta, donde se levantará el atestado. ¿Quiere ser tan amable de reconocer al difunto?

—¡No, no puedo mirarlo de nuevo, después de lo que he visto! ¡Le repito a usted que no es de esta Tierra! Joan me lo contó todo, pero yo no podía creerlo. Él estaba esperando un avión. Me habló de un grave peligro para la humanidad que él debía vencer. ..

Ahora, Vicky parecía tener prisa por' explicarlo todo.

El inspector, con su bloc en la mano, no daba crédito a lo que oía, y llegó a pensar que la joven había perdido el juicio a causa de la emoción recibida. Por esto la atajó, diciendo amablemente:

—Es mejor que se tranquilice... La llevaremos a la comisaría... Siéntese cómodamente aquí.

* * *

El comisario Jacinto Olmedo era un hombre fuerte, de cabellos entrecanos, expresión un tanto dura y mirada penetrante. Llevaba gafas, que se quitaba con frecuencia, para limpiar los cristales con el pañuelo.

Miró a la joven que entró en el despacho, acompañada por el

inspector del 091, e hizo intención de levantarse de su asiento.

En otra mesa contigua había un inspector joven, ante una máquina de escribir.

—Siéntese, señorita.

El inspector del 091 puso sobre la mesa el pasaporte de Vicky y dijo:

—Escuche usted todo lo que la señorita tiene que decir y permanezca sentado o se caerá. Hay otros testigos esperando.

—¿Te refieres al caso del joven muerto en el Paseo Marítimo?

—Sí, comisario.

Jacinto Olmedo se quitó las gafas, las limpió y miró a la apenada Vicky.

—Por favor, hable.

—¿Escribo? — preguntó el agente sentado ante la mesa.

—Luego, luego...

Vicky habló, primero despacio, con indecisión, vacilante. Pero después fue animando el tono de su voz, expresándose con calor y mayor rapidez, como si quisiera terminar cuanto antes.

Los tres hombres la escuchaban en silencio.

Al terminar Vicky, el comisario Olmedo preguntó:

—¿Quiere usted que me crea todo eso?

—Entiendo que no es fácil de creer. Yo tampoco puedo creerlo. Y, sin embargo, he sido testigo de todo.

—Los otros testigos confirman lo dicho por la señorita Juárez.

—¡Imposible! Yo vi, hace años, en una feria, un hombre eléctrico. Pero se trataba de un truco espectacular.

—Esto no es un truco. Esta tarde hemos estado en San Pol de Mar. Al venir por la autopista, la policía de tráfico nos detuvo, para multar a Joan por exceso de velocidad. ¿Y sabe lo que hicieron los agentes?

—¿Qué? — preguntó Jacinto Olmedo.

—De repente se olvidaron de nosotros y se marcharon. Joan les dijo que debían cobrarle diez mil pesetas por la infracción. Ellos se molestaron, creyéndole un fanfarrón y le dijeron que debía acompañarlos a la comandancia.

»Pero cuando Joan dijo que el avión estaba despegando de Torrejón, todo cambió...

—¿Qué hay de ese avión?

—¿Llamo al Sector Aéreo? — preguntó el agente.

—Sí, hazlo. Yo iré con la señorita Juárez al piso de ese muchacho. ¿Tiene usted inconveniente en acompañarme?

—No — replicó ella.

—¿Y se le quemó la ropa? — preguntó Olmedo, pensativo.

—No sé lo que ocurrió... Me desmayé al ver brotar luz de su

cuerpo.

—Pero ¿iba vestido?

—Sí.

—Es cierto —añadió el agente del 091—. Los otros testigos lo confirman.

—¡Hum! —mascullό Olmedo, entre dientes—. Si digo que es el caso más raro que ha caído en mis manos, dirán que soy tonto... ¡En mi cabeza no entra nada de eso!

El agente de servicio estaba marcando ya el número telefónico del Sector Aéreo regional. Aguardó unos segundos, con el auricular pegado al oído, y, de pronto, habló:

—Aquí la comisaría del distrito uno. ¿Pueden decirnos algo acerca de un accidente aéreo ocurrido...? ¿Sí...? ¿Un avión militar norteamericano? ¡Perfectamente, gracias!

El agente colgó el teléfono y miró fijamente a su superior.

—Sí, comisario. Un avión militar norteamericano se ha desviado de su ruta y se ha estrellado en el mar, no lejos de la costa. Hay un gran revuelo en torno a ese asunto... ¡Están en comunicación constante con el Ministerio del Aire!

El comisario Olmedo se encaró con Vicky Juárez.

—Joan Castell le explicó las condiciones especiales de ese avión.

—Sí. Me dijo que uno de los oficiales estaba nervioso y tenía que cometer un error. Él dijo que hubo lucha a bordo.

—¿Lucha? ¿Cómo podía saberlo?

—¡Le repito que Joan estaba enterado de todo! ¡De algún modo, se encontraba sobre aviso del caso!

—Bueno, bueno... Habremos de consultar con Jefatura acerca de este caso. Mucho me temo que va a ser más complicado de lo que parece, y todo por culpa de ese avión norteamericano. ¿Han levantado el cadáver?

—Sí. Por orden del juez de guardia ha sido trasladado al depósito, para la autopsia.

Estas palabras causaron hondo pesar en Vicky, que prorrumpió en llanto.

—Sosiéguese, señorita. Vamos a ver el lugar donde vivía el muchacho. Avisa a Ramírez para que venga aquí, Juan.

—Sí, comisario.

Jacinto Olmedo tomó su sombrero de la percha y rogó a Vicky:

—Acompáñeme, por favor... Ah, Juan, ve tomando declaración a los otros testigos. A usted, mucho me temo que vamos a molestarla algo más. Pero no se preocupe. No debe temer nada. Nadie le reprochará el no habernos avisado antes... ¡Ninguno de nosotros le hubiésemos hecho caso!

Vicky se secó las lágrimas y salió en compañía del comisario. En

la puerta, un policía y otro agente de uniforme salían del «Lancia-Fulvia» de Joan.

—Comisario Olmedo, ¿qué hacemos con este coche?

—Llevadlo al depósito municipal y que lo precinten en vuestra presencia. ¿Lo habéis registrado?

—Aquí tengo toda la documentación. Parece en regla.

—Compruébalo. Volveré en seguida.

Un coche oficial aguardaba junto a la acera. Jacinto Olmedo invitó a Vicky a subir a él y ordenó al chófer:

—Vamos a la calle Rosellón. La señorita te dirá el número.

Vicky mencionó un número y el chófer asintió.

—Ahora, con calma, vuelva a contármelo todo, por favor. ¿Cómo conoció a ese muchacho? Todo lo que hicieron y hablaron ayer y hoy.

—Sí, sí... Le ruego que me disculpe, señor comisario. Estoy muy excitada. Yo había recibido una llamada telefónica, citándome en el estudio de un fotógrafo...

CAPÍTULO VII

Joan Castell abrió los ojos cuando era conducido en una ambulancia, camino del depósito municipal de cadáveres. Un hombre, con chaqueta blanca, fumaba un cigarrillo y leía en un periódico deportivo, sentado en una banqueta y comentando con el conductor:

—Éstos del boxeo no se entienden...

—Perdone — habló Joan, moviendo la cabeza.

El hombre miró a Joan, palideció y el periódico se le escapó de las manos.

—¡Para, Jaime; paraaa!

Su voz se hizo aguda y estridente.

—¿Dónde me llevan?

—¡No hable! ¡Está usted muerto!—gritó el enfermero.

La ambulancia frenó bruscamente y el conductor se volvió, mirando a Joan, que se incorporaba.

—No estoy muerto —dijo Joan—. No se alarmen, por favor.

La impresión pasó pronto en el aficionado al deporte, quien balbuceó:

—¿Qué... cómo... no está muerto?

—No. ¿Quién me ha quitado la ropa?

—A nosotros nos han mandado... Esto es cosa de la policía y el juez de guardia... ¿De veras no está usted muerto?

—No sé lo que me ha ocurrido. Yo estaba... —se detuvo pasándose la mano por la frente, pensativo.— ¿Y Vicky?

—¿Qué hacemos? — preguntó el conductor, recobrando el habla.

—Llevémosle al servicio de urgencia —replicó el otro—. Que le vea el doctor... ¿Cómo se siente...? El forense dijo que estaba usted en... en el otro mundo.

—Por lo visto, todavía sigo en éste. Vamos, eso creo — declaró Joan, tentándose el pecho con ambas manos.

—Sí, sí... No cabe duda. De todas formas, es el médico de guardia quien debe decirlo... ¡Diablos, el forense y el juez habrán certificado la defunción! ¡Vaya lío! ¡No me había pasado nunca!

—Sigue para el Clínico. Allí lo averiguaremos.

El conductor puso de nuevo la ambulancia en marcha e hizo sonar la sirena, para llegar cuanto antes.

—¿Quién me ha quitado la ropa? —preguntó Joan de nuevo—.

No puedo presentarme así delante de nadie.

—Envuélvase en la manta. Ya lo arreglaremos... ¿No se encuentra mal? ¿No le duele nada?

—No. Estoy perfectamente.

—¿Y qué le sucedió?

—Lo ignoro... Bueno, algo debió ocurrirme. ¿Dónde me encontraron ustedes?

—Estaba tendido en la acera del Paseo Marítimo, tal y como va. Allí estaba la policía también.

Joan frunció el ceño.

—Me tomaron por muerto, ¿eh?

—Nosotros no, desde luego. Allí estaban el forense, el juzgado, la policía del distrito... ¡Hablarán los periódicos de usted! ¡Vaya plancha se han tirado!

—No estoy muy seguro de que haya sido una plancha... «Surwa» no ha tenido esto en cuenta.

—¿Cómo dice?

—No, nada. Perdone... Estoy un poco impresionado. ¿Qué me harán?

—No sé lo que se hace en estos casos. Desde luego, no le llevarán al depósito. Eso es seguro. Pero deberá intervenir de nuevo el juez, la policía... ¡Ay, mi madre! ¡Menuda se armará!

—No quiero causar trastornos a nadie. Sería mejor que me dejasen salir de aquí. ¿Por qué no me llevan a mi casa? Allí tengo ropa para ponerme.

—No podemos. Al llegar al Clínico nos preguntarán por el muerto.

La ambulancia sorteaba el tráfico a buena velocidad y un agente motorizado se situó a la altura del vehículo blanco indicando al conductor que le siguiera, mientras preguntaba:

—¿Van al Clínico?

—Sí — gritó el conductor.

El motorista, solícito, se adelantó, acelerando su máquina.

Pocos minutos después, la ambulancia llegaba a su destino. Y, ante el estupor del agente de circulación, Joan y el enfermero bajaron juntos de la cabina posterior.

El «difunto» iba envuelto en la manta.

—¿Qué le ocurre? — preguntó el policía motorizado.

—Estaba muerto — contestó el enfermero.

—¿Eh?

* * *

El doctor Canals levantó la mirada y abrió desmesuradamente los ojos.

—Repita eso, por favor.

El enfermero repitió:

—Nos ha llamado la policía de la Barceloneta para el levantamiento de un cadáver. Han ido del juzgado y el forense se encontraba allí. Nosotros hemos recogido el cuerpo y... ¡Aquí está!

El doctor Canals miró a la enfermera que estaba con él y luego a Joan.

—¿Cómo viene así?

—No tengo ropa.

—Déjenme ver esos papeles —añadió el médico, tomando los impresos del forense—. ¡Diablos! ¡Nos lo mandan para la autopsia!

Rodeó la mesa y se acercó a Joan, quien estaba envuelto en la manta.

—Le aseguro que no estoy muerto — dijo Joan.

—Sin duda, amigo... ¿Cómo se llama usted?

—Joan Castell.

De pronto, el doctor Cenáis se echó a reír. Primero fue una risa divertida, cómica. Luego, su hilaridad se acentuó, volviéndose estrepitosa y contagiosa, por lo que Joan sonrió también.

—¡Nunca... jamás había llegado un difunto tan vivo! ¿No es cómico, Marisa?

—¡Muy cómico, doctor Canals! — replicó la enfermera.

—¿Y qué hacemos con un muerto que respira tan bien? —insistió el médico, deseando apurar la situación, para poder luego narrar más detalles a sus amigos.

—Puede facilitarme unos pantalones y una camisa — dijo Joan —. No es conveniente que me hagan la autopsia.

La hilaridad del médico aumentó a extremos insospechados. Hubo de agarrarse a la mesa, para no caer.

—¡Vaya una coladura del forense! Apuesto a que ni le reconoció siquiera... Pero ¿por qué le han quitado la ropa? ¿Ha sido atacado por alguien...? Déme la muñeca, por favor.

Joan sacó la mano entre los pliegues de la manta y el médico le, tomó el pulso.

El semblante del doctor Canals cambió lentamente. Tentó repetidas veces la muñeca, miró sorprendido a la enfermera y luego a Joan, al rostro.

—El pulso... ¡no late! —exclamó, llevando la mano al pecho de Joan.

Todo lo que segundos antes había sido hilaridad se convirtió ahora en asombro. Su expresión era de absoluto desconcierto.

—Pase usted a esa sala... Llama al doctor Ferrer, Marisa... Ustedes

aguarden aquí.

Joan, dócilmente, se dirigió hacia donde el médico le indicaba, entrando en una sala de reconocimiento; donde había una mesa-camilla.

—Tiéndase ahí y quítese la manta, por favor.

—Estoy... — empezó a decir Joan.

—No se preocupe — dijo el doctor Canals, casi ásperamente, tomando un estetoscopio de un armario de vidrio.

Joan obedeció a medias; se sentó en la mesa y conservó la manta de cintura para abajo, a lo que el médico no dijo nada.

Mientras le auscultaba, entró la enfermera.

—Déme un bisturí — pidió el médico.

Joan se alarmó, incorporándose.

—¿No pensará usted abrirme? — preguntó.

—No. Sólo quiero sacarle una gota de sangre. No le haré daño.

—Es que yo...

La enfermera trajo lo pedido en una bandejita y el médico tomó el instrumento y la mano de Joan, haciéndole un leve corte en la yema del dedo.

No brotó la sangre.

Fue entonces cuando el doctor Canals retrocedió unos pasos, balbuceando:

—El corazón no late... ¡y la sangre no circula!

—¿Cómo dice usted?—preguntó la enfermera.

—¿Quién es usted? —inquirió el doctor Canals, a su vez, mirando fijamente a Joan—. ¿Qué clase de individuo es usted?

—Me ha sucedido algo raro que no sé cómo explicar— dijo Joan, pasándose la mano por la cabeza.

Otro hombre, de bata blanca, apareció en la puerta de la sala.

—¿Qué es lo que sucede? — preguntó.

El doctor Canals se volvió a él y, con voz trémula, dijo:

—Haz el favor de reconocer a este hombre, Juan.

—¿Qué es lo que tiene?

—Está muerto... ¡Tiene que estar muerto! ¡Y vive!

El recién llegado entornó los ojos, preguntándose qué broma era aquélla. La escena era normal, aunque el estupor de Canals y la enfermera no fuese fingido.

—Vamos, por favor. ¿Qué es lo que te pasa? — preguntó el doctor Ferrer, palmoteando el hombro de Canals —. Como chiste es muy malo.

—¡Hazle un reconocimiento, cuernos! —gritó Canals, rabiosamente—. ¡Nos lo acaban de enviar en una ambulancia! ¡Tengo el certificado forense de defunción!

Juan Ferrer miró entonces a Joan Castell, arqueando las cejas.

—¿Qué le ocurre a usted, amigo?
—Nada.
—¿No le duele algo?
—No. Nada me duele.
—¡Su corazón no late, la sangre no le circula!
—¡Quita de ahí! —exclamó Ferrer, empujando de forma amistosa a su colega y acercándose a donde se encontraba Joan—. Tiéndase, por favor.
Joan obedeció.
Un breve reconocimiento bastó para que Juan Ferrer pegase un salto hacia atrás, tropezando con Canals, que se le había acercado, a la vez que exclamaba:
—¡No, no es posible! ¡Este hombre no tiene ninguna actividad vital dentro de sí! ¡Hay que avisar a la policía!
Joan se incorporó de nuevo.
—No — dijo —. Estamos perdiendo el tiempo. Quédense quietos, por favor. No deseo causarles ningún daño.
Los dos médicos y la enfermera se quedaron petrificados ante la mirada potente del joven gerundense, el cual se levantó de la camilla y saltó al suelo, envolviéndose en la manta.
—No puedo explicarles lo que ocurre, porque yo tampoco lo sé con exactitud. Esto es una especie de fenómeno raro que ni ustedes ni yo podemos comprender.
»Tal vez les parezca imposible que un hombre, cuyo corazón se ha detenido, hable, accione y se comporte como un ser vivo. La explicación, según creo, está en mi mente. Ignoro por qué causa, mi cerebro se ha desarrollado potencialmente hasta adquirir una capacidad total.
»Les confieso que no entiendo la causa. Toda mi vitalidad está en el cerebro. Si le hacen un encefalograma, tal vez no puedan captar nada, porque sus máquinas son imperfectas. Puedo decirles, sin embargo, que mi desmayo en la Barceloneta ha sido debido a un esfuerzo mental inimaginable.
»Tenía que desviar un enorme avión militar norteamericano y llevarlo al fondo del mar, lejos de la costa. Hube de concentrar todo mi poder en esa operación y lo hice. Algo debió afectarme, porque caí sin sentido.
—Sin vida... No comprendo nada... ¡Esto es imposible! — declaró el doctor Julio Canals.
Con un gesto de impotencia, Joan se acercó a él.
—Es inútil. Le ruego que me facilite ropas... Unos pantalones y una camisa. Tengo que salir de aquí cuanto antes. Ya he realizado mi misión y debo hacer algo importante.
Maquinalmente, como si Joan le hubiese hipnotizado, el doctor

Canals se despojó de la bata y empezó a quitarse los pantalones.

—Vuélvase, señorita — rogó Joan.

La enfermera se volvió y Joan se puso las prendas de Canals. Mientras duró esta operación, el doctor Ferrer preguntó:

—¿Quién es usted? ¡Dígame algo!

—Todo cuanto le diga no serviría de nada. No pueden comprenderme. Yo no he venido de otro mundo. Nací aquí, he vivido aquí siempre y... Todo esto se ha hecho para salvar a la humanidad.

—¿Para salvarnos? ¿De qué?

—¡De un cataclismo apocalíptico! Por favor, ¿tiene usted coche?

—Sí — contestó Julio Canals.

—¿Puede usted prestármelo? Necesito ir a Castelldefels sin pérdida de tiempo.

—Tómelo... Aquí tiene mis pantalones y las llaves — dijo el médico, hablando en tono impersonal, casi automático.

* * *

—¿Un «Seat-124» azul? —preguntó el comisario Olmedo, que se encontraba en el apartamiento de Joan Castell, en la calle de Rosellón—. ¿Qué matrícula...? Sí, sí... ¡Esto es inaudito, increíble!

Vicky Juárez también se encontraba allí. Le había sorprendido el timbre del teléfono, pero el comisario se le adelantó y descolgó el auricular.

—Bien. Salimos inmediatamente para allá. Avisa a la policía de Castelldefels... ¡No, que nadie le intercepte! ¡Déjenle! ¡Avisa a tráfico y que preparen un helicóptero! Dales las señas de mi coche. Me detendré a la salida de Barcelona para tomarlo... Tengo que alcanzarle... Bien, bien... Salgo volando para allá.

Al colgar el teléfono, Jacinto Olmedo se volvió a mirar a Vicky Juárez. Su semblante era inexpresivo, al decir:

—Joan Castell no está muerto... ¡Pero no es un ser de este mundo!

—¿Qué ha ocurrido?

—Venga usted conmigo al coche. No puedo perder ni un segundo. Se lo explicaré por el camino. Ese muchacho, Joan Castell, es un ser extraordinario. Algo totalmente fuera de lo corriente. Se le dio por muerto en el Paseo Marítimo, pero se recobró mientras era conducido en la ambulancia.

»Los médicos del Hospital Clínico le han reconocido y aseguran que su corazón no late y sus pulmones no respiran. Sin embargo, ha pedido la ropa a un doctor y se ha marchado con un coche hacia

Castelldefels.

—¡Él me dijo que había ido allí varias veces! — exclamó Vicky, mientras esperaban el ascensor.

—Vamos nosotros también. Quiero ver lo que hace. Hemos avisado a la policía local para que le vigile, pero sin que intenten detenerle. Creo que, si tenemos suerte, averiguaremos lo que ocurre con ese chico... ¡Y tiemblo sólo de pensar en ello, porque nos vamos a encontrar con algo fuera de lo corriente! ¡Algo totalmente extraordinario!

—¿Puedo acompañarle, comisario?

—¡Naturalmente! Deseo que venga usted conmigo.

Entraron en el ascensor. Jacinto Olmedo llevaba consigo el maletín metálico donde Joan Castell guardaba el dinero cuya procedencia ignoraba. Lo habían encontrado en el armario del dormitorio y el comisario lo necesitaba como prueba.

Una vez en la calle, subieron al coche. Olmedo dijo al chófer:

—¡A toda velocidad hacia la autopista de Castelldefels! ¡Un helicóptero del Servicio de Tráfico nos está esperando!

Sin perder un segundo, el conductor puso en marcha el vehículo, iniciando una alucinante carrera a todo gas, pasándose semáforos en rojo y sorteando obstáculos a una velocidad escalofriante.

El distintivo de Servicio Oficial pintado en blanco sobre el cristal trasero y la matrícula inconfundible hicieron el casi milagro de abrir brecha en la circulación, aunque, al llegar a la Plaza de España, quedaron brevemente embotellados en una riada de coches, que los agentes de tráfico despejaron con pericia en pocos segundos.

Luego, ya lanzado, el vehículo enfiló la carretera del Prat, teniendo el conductor que hacer un alarde de dominio del volante para esquivar un enorme camión que se les echaba encima.

—Te he dicho aprisa, Esteban. Pero no quiero morir en la carrera.

—Descuide, comisario — contestó el conductor — Sé lo que hago... ¿Por qué no multan a los que circulan correctamente? Imagínese lo que nos habrá dicho el camionero ése.

Sin prestar atención al sarcasmo del conductor, Jacinto Olmedo preguntó a Vicky:

—¿Le dijo Joan Castell a qué lugar de Castelldefels solía ir?

—No.

—¡Apaga esas luces, condenado! —gritó el conductor, dirigiéndose a otro vehículo que circulaba en dirección contraria con los focos intensivos.

—Empieza a reducir el motor, Esteban — dijo Olmedo—. El helicóptero debe estar cerca.

Efectivamente, el helicóptero de la Jefatura de Tráfico, lanzando destellos rojos y amarillos, se posaba en aquel instante cerca del

cruce de la carretera de San Baudilio. Varios motoristas se habían congregado allí.

Al ver luces, Olmedo dijo al conductor.

—¡Para ahí!

Nada más detenerse el coche, varios agentes de la Guardia Civil de tráfico se acercaron. Entre ellos estaba un oficial.

—Soy el comisario Olmedo. La señorita debe venir conmigo en el helicóptero.

—¿Qué es lo que ocurre, comisario? — preguntó el oficial.

—No tengo tiempo, señor. Lo siento. Se trata de un asunto muy importante.

—Comprendo. Nos acaban de comunicar que el «Seat-124» azul se ha detenido en la gasolinera del kilómetro quince, ha repostado veinte litros de gasolina y se ha ido sin pagar. Lo conducía un joven vestido con ropa blanca.

—¿A qué hora ha sido eso? — preguntó Jacinto Olmedo, a punto de subir al helicóptero, cuyas aspas giraban fuertemente, por lo que era preciso hablar a gritos.

—Hace exactamente diez minutos.

—¡Tal vez le demos alcance! ¡Vámonos!

CAPÍTULO VIII

Por varias circunstancias insignificantes, como la de ir sin gasolina y no conocer perfectamente las luces del coche del doctor Canals, Joan Castell no batió un «récord», ni mucho menos, en su viaje a Castelldefels, después de salir del Hospital Clínico.

Incluso, sobre él pasó un helicóptero a toda velocidad, cuando estaba llegando a su destino. En él cruce había bastante tráfico y hubo de aguardar unos minutos. Luego, torció a la izquierda y buscó la calle del Mar.

Cuando llegó allí, enfiló por el centro de la calzada, hasta ir a detenerse ante la finca veraniega, señalada con el número doce.

No se había dado cuenta de que un coche particular le iba siguiendo, ocupado por tres hombres.

Joan salió del «Seat-124» y avanzó hacia la verja de la finca.

A la luz de una próxima farola, los agentes de policía de la comisaría local, advertidos desde Barcelona, no vieron que Joan penetrase en ningún edificio, ¡porque allí no había casa alguna!

Joan hizo el gesto como de empujar una verja y luego se perdió en las sombras. Detrás, en la acera, quedaba el vehículo azul.

—¿A dónde va? — preguntó uno de los agentes.

—Tal vez ha sentido deseos de hacer algo... ¡Apaga las luces, Vilches!

En aquel instante llegó otro coche, del que bajaron el comisario Olmedo y Vicky Juárez, seguidos de dos hombres más. Olmedo se acercó al coche del doctor Canals y luego fue hacia donde sus acompañantes hablaban con los agentes de Castelldefels.

—Está en ese solar—dijo uno.

Olmedo fue hacia donde Joan Castell había desaparecido poco antes. Era un terreno liso, lleno de hierbajos y piedras, que terminaba en el muro trasero de otra finca. Pero, por mucho que miró, no vio puerta alguna.

Los otros hombres se le reunieron, alumbrándose con linternas.

—Aquí no está.

—Hay que preguntar en ese edificio. Puede que haya saltado el muro y entrado allí.

—Id Vilches y Sanmartín — ordenó el hombre que había llegado con Olmedo y Vicky.

Esta última, inquieta y desconcertada, se aproximó a donde estaba Olmedo.

—¿Dónde está?

—Yo creí que vendría a algún lugar. Pero esto es un solar sin edificar. Y es raro. No tenía por qué ocultarse.

—No ha ocultado nunca nada. Pero no le he creído.

—Vamos a ver el coche —añadió Olmedo, dirigiéndose a donde estaba el «Seat-124», el cual tenía aún las llaves puestas en el contacto.

—¿A qué obedece el extraño comportamiento de ese sujeto? —preguntó otro de los hombres de la policía.

—¡Eso es lo que yo quisiera saber! — exclamó Olmedo—. No creo nada de lo que me han dicho. Pero no cabe duda de que Joan Castell actúa y se comporta de un modo muy extraño. Supuse que venía a un lugar concreto, donde alguien le daría instrucciones. Aquí esperaba encontrar la explicación, por muy extraña que fuese, del misterio más inexplicable de cuantos he vivido.

«¡Pero nos encontramos que ha salido del coche y desaparecido en un solar!

Los ojos físicos de los seres humanos no podían ver allí un edificio, como lo había visto Joan Castell… ¡Una finca de piedras y ladrillos, con su jardín, un tanto abandonado, sus ventanas cerradas, su puerta, de la cual tenía llave y que ocultaba siempre en una maceta de la entrada!

Joan había hecho lo mismo que otras veces. Entró en el jardín, fue hacia la casa, tomó la llave y abrió la puerta. Como estaba oscuro, encendió la luz del vestíbulo, dando a un interruptor que había junto a la puerta. Luego, pasó al salón, fue detrás de la columna dórica, levantó la baldosa y presionó el botón que descorría la abertura del piso.

La luz del sótano se encendió y él bajó la escalera. Al pisar el sexto escalón, como las otras veces, la abertura se cerró sobre su cabeza.

Entonces, se acercó al «Instructor» y se sentó, colocándose los audífonos y girando el interruptor.

La reposada voz de «Surwa» penetró en su cerebro en aquel momento, diciéndole:

—Todos nos felicitamos, Juan Castell. Has actuado perfectamente. El avión y su bomba están ya en el fondo del mar. Los tripulantes han pagado con su vida y se encuentran en estos momentos entre nosotros. Ya saben por qué era necesario hacer esto.

»Tú has cumplido muy bien, aunque has creado cierta confusión entre los hombres de tu época, que no podíamos evitar. Ahora, la policía está intrigada y alerta. No lograrán averiguar nada, porque nada de lo que hay aquí es visible a sus ojos. Nos encontramos en dimensión distinta a la suya. Sólo tú puedes estar en este lugar y en tu tiempo.

»Pues bien, Joan. Como te insinué la primera vez, te debemos una recompensa que estamos dispuestos a darte. Nosotros no damos palabra de hombre, porque no somos hombres. Nos has hecho un gran favor, y entre vosotros eso se podría pagar con dinero. Nuestro pago, o tu sueldo, por decirlo de otro modo, debes ponerlo tú.

«Estamos en condiciones de darte todo lo que quieras. Ya sabes que «Surwa» es poder metafísico y poder metasíquico. Por lo tanto, estoy más allá de lo físico y de lo síquico.

«Puedo y deseo ayudarte. Pero tú, que has muerto sin abandonar tu cuerpo y tu mundo, que estás suspendido entre dos dimensiones diferentes, puedes elegir la que más te convenga.

»Si te quedas en tu mundo, tu cuerpo volverá a ser normal como era antes. Olvidarás totalmente lo que ha ocurrido y te tomarán por un loco. Nadie creerá que has beneficiado a tus semejantes, a nosotros y a los seres que han de venir. Es lógico porque ellos no pueden comprender lo que nosotros comprendemos.

«Pero tú eres joven y puedes prescindir de todo eso. Con el tiempo, todo se olvidará y podrás vivir tranquilamente, con los inconvenientes propios de tu época y existencia. Lo que viene a significar que puedes ser feliz o infeliz, según tu estado de ánimo, suerte o desgracia. A eso están sujetos todos los seres, hasta su muerte. La felicidad es sólo apariencia.

»En cambio, nosotros tenemos aquí la felicidad perfecta. Somos seres llegados de todas las épocas y mundos. No seres como vosotros, de carne y hueso, sino de una materia distinta y desconocida para ti.

»Aquí todos somos amigos, todos nos conocemos, pese a que nuestro número es incalculable. Aquí tampoco hay tiempo, ni aire, ni suelo ni techo, pero tampoco tenemos apetencias. Nuestra felicidad es inmutable. Es la dicha perfecta, sin sobresaltos ni zozobras. Aquí cada uno de nosotros hace y dice lo quiere porque a nadie herimos ni ofendemos. Aquí no hay guerras, ni odios, ni pasiones.

«Esto es lo que vuestras religiones han dado en llamar el Paraíso Celeste, y, por encima de todos nosotros está siempre el Señor, a quien adoramos por su infinita sabiduría.

«Pero no somos seres únicamente de la Tierra los que estamos aquí gozando de la dicha que es eterna, porque el tiempo no existe. Estamos también seres de otros mundos lejanos. Claro que, como carecemos de cuerpo, no somos distintos.

«Imagínate que cada uno de nosotros somos una de esas estrellas rutilantes que hay en el cielo. Nuestro mundo es inmenso y reducido a un tiempo. Nosotros le llamamos el Valle de la Felicidad Eterna y aquí nos encontramos padres, hijos, nietos, biznietos. Nos vemos, nos hablamos, nos divertimos.

«No somos como vosotros, sino que vosotros seréis como

nosotros, una vez libres del lastre de vuestra envoltura física, de ese plasma que os sujeta a vuestro mundo físico y a vuestra dimensión. Claro que no podéis libraros de ello, por ley natural, puesto que no sois libres de elegir vuestro nacimiento, ni siquiera vuestra muerte. No podéis elegir la entrada ni la salida. Eso es un tributo a pagar del que nadie escapa, para poder llegar hasta aquí.

«Pues bien, Joan Castell, tú eres, posiblemente, el único ser de toda la Creación, que, sin haber elegido la vida, puede elegir entre la vida y la muerte. Ésa es nuestra recompensa por el servicio que nos has prestado a todos, incluyéndote a ti mismo.

«Antes de que decidas, sin embargo, déjame ponerte en contacto con seres que quieren conversar contigo y darte las gracias por lo que has hecho. Esto no está permitido, pero ya sabes que tú has sido una excepción en beneficio de muchas cosas que ya conoces.

«Escucha. Te habla el comandante Richard Reynolds.

* * *

No era la primera vez que Joan escuchaba la voz de Richard Reynolds. Anteriormente, la había oído. No se sorprendió, pues, al percibir un timbre familiar... ¡La voz de un individuo que estaba en el fondo del mar!

Y Reynolds le hablaba en su propia lengua. Pero Joan, sin saber inglés, la entendía perfectamente:

—¿Qué tal, Joan? Te conozco muy bien. No he hecho más que llegar a donde estoy ahora y ya creo encontrarme aquí desde el principio de los tiempos. Debo felicitarte por tu actuación. Te has comportado como todos esperaban de ti. Incluso puedo decirte, porque lo sé muy bien, que todo se planeó con meticulosidad y cuidado. Sólo existía esa posibilidad. Me consta.

—¿La que yo realicé? — preguntó Joan.

—La que tú realizaste y la que se planeó aquí. Era necesario evitar el accidente. Admito que la bomba de «Xenio» no se habría lanzado. Eso nadie puede saberlo. Pero lo que sí es seguro, sin duda alguna, es su explosión sobre Barcelona. El desastre habría sido terrible.

—Yo no podía fracasar — murmuró Joan.

—No podías, pero existían muchas posibilidades de fracaso. Sé, por ejemplo, que la capacidad mental de un cerebro humano, actuando en toda su potencia, puede mover, incluso, montañas. Pero el «B-52» tenía que ser sostenido en su caída, desviado, y contrarrestar, al mismo tiempo, la violencia desatada al desequilibrarse la presión a causa de los disparos efectuados por

Pete. ¡Qué locura!

—¿No se le podía haber influido en él y evitar el accidente?

—No era posible. La enajenación era incontrolable.

—No lo entiendo. Supongo que están ustedes más allá, incluso, que la voluntad.

—Pues te equivocas, Joan. Nuestro dominio metafísico en todas las dimensiones no es completo. En realidad, nada hay completo en ningún orden. Sé que yo debía morir, junto con mis compañeros y con Frank Hillman, o sea «Mr. Xados». Eso es lo que llamamos designio del destino. Pero la voluntad trastornada de Pete Clarke era imposible controlar.

»Todo dependía de un agente exterior. Sabíamos, incluso, en qué momento se iba a producir el accidente...

—«Surwa» me dijo que lo ignoraba.

—Aunque «Surwa» no te ha mentido, tampoco te dijo la verdad. La relación del tiempo comparado es totalmente inexacta. Aquí se calculó un período comprendido en un lapso de cinco días. No se podía precisar más.

»Tampoco se tenía la seguridad absoluta de que ocurrieran las cosas como han ocurrido. Con los imponderables no se puede contar. Dios no nos revela sus designios jamás.

»Por eso sabemos ahora que el peligro de extinguir la historia del futuro y trastornar el curso de los astros era grande. Te eligieron a ti y te vincularon a nosotros con acierto. Un error, por mínimo que hubiese sido, habría resultado fatal.

—Comprendo. Yo debí comprenderlo así. ¿Cómo te encuentras ahora, comandante Reynolds?

—Muy satisfecho. Incluso Pete Clarke está contento del desenlace. Quisiéramos verte pronto entre nosotros, para poder comentar las incidencias. Parece ser que debes elegir tú.

—Sí, yo debo elegir entre lo que conozco y lo que vosotros me explicáis. Pero aquí, en la Tierra, tengo muchas cosas que hacer.

—Conozco todos tus anhelos y sé que han de pesar en tu ánimo. En realidad, todos sabemos cuál es tu elección de antemano. Esta conversación es pura fórmula. Pero nadie se atrevería a torcer tu voluntad. Lo que sí debes recibir es nuestra profunda gratitud.

«Ahora, cedo la palabra al teniente Pete Clarke. Él también tiene algo que decirte. Ahí va su mensaje.

—¿Joan? — preguntó la voz de Clarke.

—Sí, yo mismo.

—Te supongo en posesión de una pésima opinión respecto a mí.

—Si yo fuese un ser normal, la tendría. Pero no lo soy.

—No, es cierto. Eres un muchacho extraordinario. Nadie sabe de su capacidad mental y física hasta que no llega el momento de

demostrarlo. Has realizado un buen trabajo. Y lo digo porque sé cómo ha ocurrido todo.

»Los hombres estamos locos todos. No soy yo solo. Es la pura verdad. Nos obsesionamos por una cosa, que consideramos justa. Yo no quería ser cómplice de un desastre atómico. Frank Hillman nos dijo que el mundo podía terminarse después de arrojar nosotros la bomba de «Xenio»...

»¡Qué lejano me parece todo ahora! Repaso todo lo sucedido y reconozco que mi mente estaba sojuzgada por una chica de Richmond. He aquí a un oficial de aviación faltando a su deber por causa del miedo, no siendo un cobarde.

—Te comprendo muy bien, Pete Clarke — contestó Joan—, Era necesario que todo saliera así, porque no se puede evitar lo inevitable.

—Sí, lo que ha de ocurrir, ocurre siempre y en su momento. Aquí se sabía que era posible el hecho y era posible evitarlo. Son unos tipos muy listos estos nuevos amigos. Hay cosas que las saben seguras. Otras las suponen. Pero no dejan nada al azar. No terminaría nunca de contar hechos inverosímiles en los que han tomado parte a lo largo y a lo ancho del universo.

»Aquí tenemos personajes muy importantes de la historia de nuestro mundo. He tenido el honor de saludar a Voltaire, a Ramsés II, a Cristóbal Colón, a Alejandro Magno, a César Augusto, a Edison y a muchos otros. Todos ellos forman parte del grupo o el individuo a quien tú llamas «Surwa».

Joan se sorprendió.

—¿Todos esos personajes me conocen?

—¡Naturalmente! Y muchos más. En realidad, «Surwa» somos todos nosotros, los que conocemos los problemas de la Tierra. Aquí están Winston Churchill, Hitler y Robespierre, que forman la presidencia del consejo «Surwa». Hay muchísimos más, unos conocidos y otros que no lo son, porque en la humanidad hubo genios que pasaron desapercibidos y en el anónimo, y cuyo talento fue tan enorme como los personajes célebres. También tenemos otras celebridades mundialmente famosas, que destacaron por circunstancias ajenas a ellos mismos y que no merecían el renombre que alcanzaron.

»Ahora somos todos exactamente igual y nos tratamos con afecto y sin desigualdades. Es verdaderamente asombroso, si lo comparamos con lo que la gente aparenta en nuestra vida anterior, lo que es la gente en realidad.

«Claro que lo que llamamos muerte todo lo nivela y lo iguala. Por esto, si decides quedarte ahí, quisiera, de algún modo, hacerte pensar en los demás como seres de absoluta apariencia exterior.

Claro que no podrás acordarte de mis consejos.

—Estoy pensando que Vicky Juárez, como tú pensabas en Ann Sue. Creo que no la he tratado bastante.

—No la has tratado nada, querrás decir — replicó la voz de Pete Clarke, a través del «Instructor»—. La has conocido bajo el influjo de «Surwa», pero ella es una mujer normal, que sueña y anhela triunfar en la vida, como desean todos los mortales. Y el triunfo no existe, sino se le compara con la riqueza.

«Quiero decirte con esto que tú no debes preocuparte. Si vienes con nosotros, conocerás nuestra dicha. Si te quedas ahí, podrás tener todo lo que apetezcas.

—Eso hará más difícil mi elección.

—No lo tengas en cuenta. Tu vida te pertenece. Se recurrió a ti, contra tu propia voluntad, porque, tal vez, eras el más desdichado de los hombres de esa ciudad condenada. Fue el destino el que te señaló como el individuo idóneo, pero «Surwa» corría un gran riesgo. ¿Imaginas lo que habría sucedido si la bomba de «Xenio» llega a estallar? La III Guerra Mundial habría estallado con todas sus consecuencias.

—¿No podría haberse dicho que fue un accidente? — preguntó Joan.

—Se habría dicho. Pero Oriente no está dirigido por estúpidos. Habría sido una revelación de peligro para ellos. Habrían sabido que la bomba les iba destinada. Lo mejor es que ya ha pasado y yo he matado a Frank Hillman, el cual desea hablarte también.

—Gracias, teniente Pete Clarke — dijo Joan, sonriendo—. Espero conocerte pronto personalmente.

—Yo espero que sepas elegir lo que más te convenga.

A la voz de Clarke sucedió la de «Mr. Xados», el científico atómico norteamericano, cuyas primeras palabras fueron:

—Hola, hombre del poder antigravitacional. Aprovecho la ocasión para testimoniarte mi simpatía y afecto. Sé que has puesto de tu parte más de lo que nadie podía esperar. Me lo ha asegurado el propio Albert Einstein.

—¿Einstein? — preguntó Joan, a quien el nombre no significaba nada.

—Sí. Fue un gran matemático. Está en el grupo de asesores de «Surwa», junto con Newton, Pitágoras, Galileo, Descartes, Shiaparelli, etc. Si pudiera nombrarlos a todos, no terminaría nunca. Ellos podrían decirte porqué tu cerebro emitió aquel intenso poder antigravitacional. Aseguran que condensaste en ti millones de voltios ingrávidos que sustentaron el aparato durante el tiempo necesario.

»Todos tus pasos habían sido estudiados y fuiste al Paseo Marítimo obedeciendo un impulso dirigido. Sé que no has sido tú el

único ser que ha intervenido en esa operación de salvamento de la humanidad. Hubo otras personas que actuaron de modo distinto y en diferentes órdenes. Pero el realizador fuiste tú.

»Pete Clarke debía actuar como ser humano. Tú debías actuar como ser multidimensional en un ambiente de tres dimensiones y sujeto a fuerzas físicas y naturales. Si me hubiesen elegido a mí, lo sé muy bien, habría fracasado.

»Ya está hecho. El destino se ha decidido y no habrá guerra. La salvación de todos los seres humanos es lo que te debe el mundo. Aunque piensa en que nadie te lo va a pagar.

»Creo que debes elegir entre vivir en ese mundo, hasta tu destino final, o aprovechar esta oportunidad que te han ofrecido. Elige y no te mientas a ti mismo. Más o menos, ya sabes lo que vas a encontrar en cualquiera de los dos sitios.

— Ya lo he decidido — dijo Joan Castell —. Me quedaré aquí... Deseo volver a ver a Victoria Juárez...

CAPÍTULO IX

Joan atravesó por última vez la barrera de la extraña dimensión en donde había vivido unos días y se encontró en el solar señalado con el número 12, de la calle del Mar, en Castelldefels.

Las tres personas que había allí, aquel amanecer estival, se quedaron viendo visiones al verlo avanzar y surgir de la nada, como si hubiese atravesado el invisible muro de un edificio.

Vicky Juárez fue la única, en realidad, que vio la materialización, porque estaba mirando hacia el solar. Las ropas blancas de Joan se destacaron inmediatamente.

Ella gritó, y el comisario Jacinto Olmedo se volvió a mirar también.

— ¡Ahí está! — gritó el agente Vilches, que había permanecido toda la noche de guardia en aquel punto.

Olmedo y Vicky no habían hecho más que llegar, después de pasar la noche en un hotel invadido de turistas.

Joan Castell también quedó vivamente sorprendido al ver a Vicky corriendo hacia él. No la conocía. Ni siquiera pudo comprender, de inmediato, lo que estaba haciendo allí.

Había recobrado la noción de las cosas súbitamente.

—¡Joan! — gritó Vicky, echándole los brazos al cuello y abrazándose a él.

La mirada de estupor del joven no pasó inadvertida para el comisario Olmedo, que acudió detrás de Vicky.

—Señorita, disculpe... Creo que se confunde usted... Me llamo Joan, pero...

—¿Eres Joan Castell? — preguntó Olmedo.

—Sí, señor... ¿Qué es lo que ocurre? ¿Quiénes son ustedes...? ¿Qué estoy haciendo aquí?

—¿No me conoces, Joan? — preguntó Vicky, sollozando.

—Tendrás que acompañarnos a Barcelona, muchacho. Tenemos que hacerte infinidad de preguntas. No se preocupe usted, señorita Juárez. Todo lo pondremos en claro. Ya tenemos al individuo.

—¿He hecho algo malo? —inquirió Joan—. Tengo la impresión de haber perdido la memoria... —Se pasó la mano por la frente, preocupado—.No sé lo que estoy haciendo aquí, ni cómo he llegado. ¿Dónde estoy?

Vicky Juárez había retrocedido unos pasos, mirando atónita al

joven.

—¿No recuerdas todo lo que pasó ayer y anteayer?

—No… Ni siquiera sé en qué día estoy.

— Hoy es jueves, nueve de julio — afirmó Jacinto Olmedo—. Ayer, un avión norteamericano se estrelló en el mar, a cincuenta millas de la costa. Se supone que algo has tenido que ver con el siniestro.

Ahora, el estupor de Joan se acentuó.

—¿Supone usted que yo he causado daño a alguien?

—No. Queremos saber exactamente lo que le ha ocurrido, lo que ha hecho.

—Pues… Estuve con unas chicas extranjeras, tomando unas copas. Debí beber demasiado porque me sentí mal y me fui a casa… Pero, ¡aguarde! Eso fue hace días… ¡Hoy no puede ser nueve de julio!

Olmedo y Vicky se miraron.

El agente Vilches, mientras, se había adentrado en el solar. Sobrepasó el punto donde había aparecido Joan, pero no descubrió nada de particular. Desde lejos, gritó:

—Aquí no hay ningún agujero, comisario.

—¿Por qué cree que he salido de un agujero? — quiso saber Joan, confuso.

—Viniste aquí anoche, Joan — explicó Vicky —. Desapareciste en este lugar y apareces ahora. ¿Dónde has estado?

—No lo sé… No la conozco a usted.

—Regresemos al coche —propuso Jacinto Olmedo—. Tenemos que hablar detenidamente de todo esto. Por ejemplo, ¿llevaba usted esas ropas la última vez que recuerda?

Joan se miró la bata del doctor Canals y sacudió la cabeza.

—No… No lo comprendo… Estas prendas no son mías. He debido perder la memoria.

—Exactamente. Y durante la amnesia, según afirma la señorita Juárez, se convirtió usted en un hombre luminoso, murió, fue conducido al hospital, se escapó y vino aquí conduciendo el coche del doctor Julio Canals.

Joan retrocedió unos pasos, estupefacto.

—¿Todo eso he hecho?

—Así parece.

—No puedo creerlo. ¿Qué quiere decir con eso de que me convertí en hombre luminoso?

—¡Eso quisiera saber yo! Desde luego, hay muchas personas interesadas en saber lo ocurrido. Usted dijo a la señorita Juárez que estaba esperando un avión norteamericano. Usted fue al Paseo Marítimo de Barcelona y allí, ante numerosos testigos, hizo cosas

extraordinarias.

—¿Qué cosas? — preguntó Joan torpemente.

—¡Basta! — gritó el comisario Olmedo, perdiendo la paciencia —. De todo esto habrá de responder usted.

—Le aseguro que no le miento, señor. Ignoro lo ocurrido. No sé de qué me habla.

—¿Tampoco sabe nada del dinero que encontré en un maletín, dentro del armario, en su apartamento de la calle Rosellón? — insistió Olmedo.

—¿Dinero…? Sí, tengo un pequeño piso en la calle Rosellón.

—¿Y el «Lancia-Fulvia» rojo?

Joan expresó idéntica ignorancia.

—De acuerdo, joven. Venga con nosotros.

* * *

Durante el viaje de regreso a Barcelona, después de haber pasado por la comisaría de Castelldefels, donde Olmedo evacuó una diligencia de trámite, Vicky Juárez y Joan pudieron cambiar impresiones. Ella le contó cómo lo había conocido, dónde estuvieron juntos y lo que sucedió. El comisario Olmedo hizo algunas preguntas, sin obtener respuesta concreta.

En la Ciudad Condal, Olmedo ordenó al chófer que se dirigiera a la calle Rosellón. Al llegar, Joan dijo:

—Aquí vivo yo.

—¿A qué se dedica?

—A lo que sale — contestó Joan —. Uno va tirando como puede. Traje algún dinero, de casa, al licenciarme del servicio militar. Yo quería ser actor de cine, pero no he pasado de figurante.

Olmedo llevaba consigo aún el maletín del dinero. Lo tomó, antes de salir del coche, y se lo mostró a Joan.

—Tendrás que justificar de dónde ha salido esto.

—Le aseguro a usted que no lo he robado.

—Eso es lo que falta por averiguar. Desde luego, como alguien te denuncie, te la cargas con todo el equipo.

—¡Es usted demasiado severo con él, comisario! — exclamó Vicky, saliendo en defensa del joven, quien se lo agradeció con una mirada.

Subieron al apartamento y Olmedo permitió que Joan se cambiase de ropa. Mientras, hizo una llamada a la comisaría.

—Soy Olmedo… Hola, Grande… ¿Sí? ¿Quién? ¿Americano…? Bien, bien. Ya tengo al muchacho. Pero no sacaremos nada en claro. No sabe nada. Es el caso más condenadamente endiablado de mi

vida... Nada de extraordinario. Un vulgar «play-boy».

Vicky se sonrojó al escuchar esto. Encendió un cigarrillo y miró hacia la puerta del dormitorio, donde estaba vistiéndose Joan.

—En seguida vamos para allá. Ahora se está vistiendo. Llevaba la bata del doctor Canals... Sí, puede ir a recogerla a la comisaría. Dile a ese «míste» que espere... ¡Y no desorbitéis las cosas o recibiremos un rapapolvo de arriba que acarreará traslados! Hasta ahora, Grande.

Joan se puso un traje claro, camisa y corbata. Al salir del cuarto, Vicky le sonrió.

—Estás muy bien, Joan.

Él sonrió también. Vicky era una muchacha fascinante.

—¿Qué hacemos ahora?

—Toma la ropa del doctor Canals. Se la llevaremos a la comisaría. Parece ser que los americanos han enviado a alguien a enterarse de si el avión fue saboteado. A ver qué les dices. Yo tengo que levantar acta de todo... Bueno, lo que llamamos un atestado. Y debo decir cosas que me pueden costar el puesto. Espero que lo comprendas, Joan.

—Le entiendo, señor comisario. Estoy a su disposición.

—Escucha. Lo mejor que podemos hacer es hablar claro. Si justificamos este dinero de un modo convincente, todo lo demás podría arreglarse. Diríamos, por ejemplo, que llevabas algo fosforescente encima... No sé... Una especie de gamberrada. Eso puede hacerse entre gente joven.

»En cuanto al dinero... Bueno, si confiesas haberlo robado en un coche aparcado en la vía pública, yo arreglaría las cosas para que pareciera algo así como contrabando de divisas por parte de unos desconocidos, malogrado gracias a tu hurto. Como no tienes antecedentes, ni siquiera irás a prisión.

Mientras Olmedo hablaba, el semblante de Joan se había ido poniendo pálido y serio. Al fin, dijo:

—Yo no he robado ese dinero. Y esa explicación no me convence. No diré nada más que la verdad.

—¡Nadie va a creerte!

—Me importa poco. Yo no sé lo que ha ocurrido, señor comisario. Pero la señorita Juárez dice que estuvo conmigo y me oyó decir cosas que, pese a su extrañeza, me complacen más que aparecer como un vulgar ratero.

»Yo no vine a Barcelona a robar. Quería triunfar y me engañé. Antes de caer en actos deshonestos, prefiero más volver a mi pueblo y trabajar la tierra, con mi padre.

—Bien, vamos a la comisaría. Hablaremos por el camino. Y usted será mejor que se vaya a su casa, señorita. Ya la avisaremos cuando

la necesitemos.

—Preferiría ir con ustedes. Yo sé todo lo que ha hecho Joan estos dos días.

—¿Sí? ¿Sabe dónde ha pasado la noche?

—No. Pero sé que no ha estado en este mundo… ¡Joan Castell estaba muerto, y ahora vive!

Esto era cierto. El propio Olmedo había tomado el pulso a Joan, percibiendo los latidos de sus venas y de su corazón. Incluso, en las manos y mejillas del joven había calor.

—Además, usted no debió tomar el dinero guardado en mi armario —añadió Joan—. Si está mi casa, es mío.

—¡Para tener algo legalmente hay que justificar su origen! —replicó Jacinto Olmedo.

—Este dinero se lo han dado a Joan por el servicio prestado —intervino Vicky.

—¿Quién?

—Eso tendrá que averiguarlo usted. Él ha dicho todo lo que sabe. Y aunque le parezca increíble, todo cuanto le he explicado es cierto. Joan se comportaba como si estuviese realizando algo muy importante. Yo lo he visto.

»Me dijo que había salvado la vida a un niño, y ahora le creo. También me dijo que estaba intentando desviar un avión de su ruta.

—¡Sí, con la mirada! —se mofó el comisario—. Vale más que aceptes mi proposición y saldrás ganando.

—No lo aceptaré. Pueden quedarse con el dinero, el coche y con todo lo que tengo. Pero si no recuerdo lo que he hecho en estos días, no puedo decir que he desvalijado un automóvil.

—Bien, bien… Veremos si ese americano se traga tu historia.

* * *

Barry Foster pertenecía a la C.I.A., aunque dijo ser miembro del consulado americano, simplemente. Era un hombre alto, rubio, con gafas de montura de oro, y que vestía un traje gris. El nudo de la corbata lo llevaba suelto y de su mano pendía una cartera de piel de cerdo.

Saludó a Olmedo, al serle presentado por otro comisario, y luego miró con atención a Vicky Juárez, que insistió en acompañarles.

—Mucho gusto en conocerle, comisario. ¿Su hija?

—No. Ella es Victoria Juárez, súbdita argentina. Él es Joan Castell.

—¡Ah! —Barry Foster hablaba un español casi correcto, pero su acento nasal y gutural le delataba inmediatamente como yanqui—.

Usted es el que dicen sabía lo del avión desaparecido.

—Yo no sé nada — contestó Joan.

El agente del C.I.A. arqueó las cejas, mirando a Joan.

—Yo tenía entendido... Bueno, ¿cómo han sabido lo del aparato?

—Yo lo dije — habló Vicky.

—¿Lo vio usted caer?

—No. Lo vi pasar.

—¿Iba con los motores parados?

—No.

—Entonces, ¿cómo supo usted que cayó al mar? ¿Lo vio caer en la oscuridad? ¿Se incendió, acaso? ¿Estalló?

—No. Nada de todo eso — contestó Vicky —. Joan me había dicho que esperaba a ese avión.

Ahora, Barry Foster entornó los ojos, mirando al silencioso Joan.

—¿Estaba usted esperando la llegada de ese avión?

—No lo sé. No recuerdo nada.

—¡Es cierto! —gritó Vicky—. Él me lo dijo.

—Él no podía saber que un avión militar norteamericano iba a pasar por aquí. Precisamente, esta ciudad no estaba en su ruta.

—¡Pero pasó! —exclamó Vicky.

—Bueno. Eso es lo que tratamos de averiguar. Efectivamente, anoche pasó un avión sobre la ciudad. Era el aparato que buscamos, y que no ha llegado a su destino. Lo que necesitamos es una información clara y veraz de todo.

—Mucho me temo que aquí no la encontrará — intervino Olmedo —. Pase a mi despacho y hablaremos con más calma. El asunto es embrollado y confuso. Y si le cuento lo que a mí me han contado, no va usted a creerlo.

—Mi obligación no es creer lo que me cuenten. Yo busco información para remitir a mi país. Hay cierto interés por ese avión desaparecido y todas las pesquisas que conduzcan a su localización deben ser realizadas con meticulosidad.

Entraron en el despacho de Olmedo, el cual ofreció asiento a los otros tres. En la puerta se situó un agente de uniforme, serio e impersonal, como si lo que se trataba allí no fuese con él.

—Vamos a empezar por el principio — rogó Barry Foster.

—¿Qué es lo que desea usted saber? — preguntó Vicky Juárez.

—Todo lo relacionado con el avión militar desaparecido.

—Ahora, Joan no lo recuerda. Pero yo sé muy bien todo lo que él me contó. Y se lo voy a repetir sin omitir nada. Verá. Yo recibí una llamada telefónica, citándome en casa de un fotógrafo de la calle Rosellón...

Mientras Vicky hablaba, Foster tocó disimuladamente la cartera de piel de cerdo que había dejado sobre la mesa. Para Olmedo no

pasó inadvertido el gesto, comprendiendo que el americano había puesto en marcha un magnetófono que llevaba dentro de la cartera.

Vicky habló durante más de quince minutos, y Joan Castell pudo enterarse, con todo detalle, de cosas que ignoraba.

La versión de Vicky era fantástica y exagerada. Habló de seres extraordinarios y etéreos, capaces de dirigir a los seres vivos y hacerles realizar acciones increíbles.

Su descripción referente a la transformación de Joan, en el instante en que el avión norteamericano pasaba sobre la ciudad, fue todo lo disparatada que puede resultar un hecho irreal y fantástico y logró arrancar una sonrisa al americano.

—¿No me cree usted? — preguntó Vicky.

—¿Por qué no había de creerla? Hay testigos de eso, ¿verdad, comisario?

—Sí.

—¿Puede facilitarme sus nombres y domicilios?

—Sí. Los tenemos anotados. Pero ¿es que usted cree eso?

—Le repito que mi deber no es creer o dejar de, creer. Debo investigar, y, por absurdo que parezca una cosa, llegar al fondo de la cuestión. Remitiré el informe a los Estados Unidos y allí decidirán.

»En cuanto a usted, amigo Castell, ¿está dispuesto a someterse a una serie de pruebas?

—No. Lo siento. Creo que mi experiencia ha sido ya suficiente.

—Según parece, usted fue reconocido por el médico forense y estaba muerto. Ahora, vive. ¿Cómo se entiende eso?

—Se entiende creyendo a la señorita Juárez — contestó Joan.

—Pero en su organismo pueden quedar vestigios de alguna droga o residuo químico. Un análisis nos sería de mucha utilidad.

CAPÍTULO X

El «B-52» que transportaba la bomba de «Xenio» no fue hallado. Un mes después, las autoridades navales, de acuerdo con los representantes enviados por el gobierno de los Estados Unidos, renunciaron a la búsqueda.

Se suponía que el aparato debió de caer en una sima rocosa, a la que no podían descender los submarinos de exploración ni los hombres-rana. Tampoco querían decir los norteamericanos la clase de cargamento que llevaban en el avión desaparecido, pero la noticia se había extendido y la prensa hacía aventuradas conjeturas.

Todo esto, unido a una relajación de la tirantez diplomática en el asunto del buque norteamericano hundido en el Mar de la China, donde los conferenciantes habían llegado a un acuerdo de principio, obligó a los diplomáticos a mostrarse cautelosos.

En principio, el Departamento de Estado norteamericano creyó que se trataba de otro acto de sabotaje. Luego, se desechó la idea. Se habían tomado excepcionales precauciones en torno al vuelo del avión pilotado por el malogrado comandante Reynolds.

Y la investigación realizada por la C.I.A., en Barcelona, no dio resultado lógico alguno. Los estadistas no podían admitir, en modo alguno, que Joan Castell hubiese viajado a una dimensión distinta, durante su período de amnesia, para realizar lo que Vicky Juárez llamó «La salvación de la Humanidad».

Por su parte, Joan fue detenido y encerrado en los calabozos de la Jefatura Superior. Mientras permaneció allí, inquieto sobre su suerte, Vicky fue a visitarle varias veces, en ocasiones sola y otras acompañada del comisario Olmedo o de Barry Foster.

También lo sacaron de la Jefatura para distintos careos. Así, le llevaron al establecimiento donde compraron el «Lancia-Fulvia». Un empleado reconoció a Joan.

—Sí, fue él. Nos pagó al contado y nos dijo que le llevásemos el coche ante la puerta de su casa. Tuvimos que darnos prisa en matricularlo y arreglar la documentación a su nombre el mismo día cuatro.

—¡Pero yo no he esta aquí en mi vida! —gritó Joan.

—Usted estuvo aquí, nos entregó el dinero, firmó los documentos y nos dejó su carnet de identidad, del que sacamos una fotocopia en el acto.

—¿Podemos verla? — preguntó al agente que acompañaba a Joan.

El empleado sacó el expediente y mostró el documento. Era una fotocopia del carnet de identidad de Joan Castell Arnau. Incluso, su firma estaba en el contrato de compra-venta.

—¡Pues no he estado aquí nunca! — terminó Joan.

Después le llevaron al Hospital Clínico, donde, además de someterle a un intenso reconocimiento físico, fue presentado a los doctores Canals y Ferrer, quienes lo identificaron en el acto.

En aquella ocasión, Barry Foster y Vicky Juárez se encontraban presentes en la entrevista.

—Desde luego que le conocemos —dijo Julio Canals —. No olvidaré en mi vida a este muchacho.

—¿Le examinaron ustedes aquel día?

—Sí.

—¿Y qué descubrieron en él?

—Indicios suficientes para creer que estaba muerto.

—¿Muerto?

—Sí, difunto. El certificado de defunción del forense era correcto. Pero él estaba vivo. Me pidió ropa y él coche.

—¿Y se la dio usted?

—Sí… Estaba como aturdido… ¡Era algo desconcertante!

—¿Quiere hacer el favor de auscultarle ahora? — preguntó Barry Foster.

—Con mucho gusto.

Un breve examen bastó a Julio Canals para decir:

—Ahora le encuentro perfectamente.

—¿Está dispuesto a jurar que es el mismo individuo?

—Sí… Desde luego que sí.

—Doctor — Foster habló lentamente —, si dice usted en alguna parte que un difunto le quitó la ropa, la gente se hartará de reír.

—Eso mismo ha sucedido ya, señor —repuso Canals—. Pero yo debo seguir teniendo fe en mis sentidos, de lo contrario me habría vuelto loco.

—Entiendo.

* * *

Al fin, Barry Foster y el comisario Olmedo hicieron sacar a Joan del calabozo y se entrevistaron con él en un despacho de la Jefatura. Al parecer, ambos habían recibido instrucciones concretas respecto al caso, porque el americano entró rápidamente en materia.

—Se le va a dejar a usted en libertad, Joan. Nada va a sucederle.

Pero olvidará usted todo lo ocurrido.

Joan sonrió.

—¿Todavía más olvidado? ¿Es que he sabido algo por mí mismo?

—El dinero del maletín le pertenece — añadió Olmedo—. Mejor dicho, si no le pertenece, se lo entregamos a usted. Lo mismo ocurre con el «Lancia- Fulvia». Es suyo.

—Son ustedes muy amables.

—Ahora bien — continuó diciendo Foster —, queremos que colabore con nosotros.

—¿De qué forma?

—Deseamos que no se dé publicidad al asunto. Ignoro si se continuará investigando o no, porque el caso es complicado. Efectivamente, se le denunció a usted el día nueve, mientras conducía su coche por la autopista Mongat-Mataró. Pero los agentes afirman que no hablaron con usted, ni vieron su coche. A ellos también debió afectarles la amnesia.

«El avión del comandante Reynolds se ha perdido, con todos sus tripulantes. Debe estar en el fondo del mar y no ha sido posible localizarlo.

«Además, sabemos que no es usted un agente al servicio de ningún país extranjero y cuanto nos ha dicho es verdad. Pese a lo extraño e insólito, tanto mi gobierno como el español desean dar por concluido el caso.

»A cambio de su silencio, se le ayudará en sus aspiraciones profesionales y podrá usted trabajar en el cine, si realmente vale para ello. De momento, yo mismo le presentaré a un gran director cinematográfico americano, que está rodando una película en Almería, y le garantizo que, por poco que valga, le darán un papel importante.

«Tenemos extraordinario interés en que usted olvide esta... especie de pesadilla y que no se hable más del asunto. ¿Se compromete a cumplir su palabra de callar todo el asunto?

—Sí, a cambio de que me dejen salir de aquí.

—Saldrá usted dentro de un rato, se lo aseguro.

—Y la señorita Juárez, ¿no hablará?

—No. También tenemos su palabra y un documento firmado acerca de su intento publicitario. A los efectos de incumplimiento de su promesa, nosotros divulgaremos su declaración de que todo fue ideado por ustedes para conseguir notoriedad... Ahora, amigo mío, firme usted aquí.

Barry Foster presentó un papel mecanografiado a Joan quien lo firmó sin leer siquiera.

—Gracias. Por lo que a nosotros respecta, este asunto ha terminado... ¡Ah, me olvidaba! Esto es un regalo de boda del pueblo

norteamericano.

Diciendo esto, Foster entregó un cheque a Joan.

—¿Por qué?

—Porque mi gobierno ha comprendido que, en caso de ser cierto todo lo que ha hecho, le debemos inmensa gratitud... Cien mil dólares de los Estados Unidos y otro millón de pesetas del gobierno español, que le entregará el comisario Olmedo, suman una cifra que le permitirá vivir holgadamente.

—¿Lo sabe la señorita Juárez? —preguntó Joan.

—Vicky lo sabe —contestó Olmedo, sonriendo—. Está abajo, en la calle, esperándote. Toma, muchacho. El maletín, el pasaporte que te hemos arreglado y el otro cheque.

—Pero... ¡esto es demasiado! ¡Yo no merezco...!

—Considéralo un soborno de las autoridades, para que no vuelva a ti la memoria de lo que ocurrió en aquellos días, en torno a la desaparición de un aparato. Y, en marcha, la chica más bonita del mundo te está esperando.

—¿Y ese director de cine? — preguntó Joan.

—Es Bryan Forbes. Sólo tienes que presentarte a él. Actualmente está en Almería. Le escribiré o le llamaré por teléfono. No te preocupes, muchacho. Cumple tu promesa y nosotros cumpliremos la nuestra.

* * *

Efectivamente, radiante y bella, llamativa y fascinante, Victoria Juárez estaba en el aparcamiento oficial de la Jefatura Superior de Policía, esperando a Joan.

Los agentes de servicio la contemplaban de reojo y la gente que pasaba la miraba también, identificándola con la «chica de los anuncios».

Joan salió, con el maletín en la mano. Vio a Vicky, junto al «Lancia» rojo, y ambos sonrieron. Al acercarse a ella, Joan dijo:

—Se supone que somos amigos.

—Se supone que me quieres y yo te quiero — contestó ella, extendiendo los brazos.

Se abrazaron fuertemente.

Desde una ventana del piso superior, Olmedo y Barry Foster les estaban mirando.

—Han tenido suerte — musitó el comisario español.

—Me temo que eso no lo sabremos nunca.

—¿Es que usted cree en esa historia?

—Si quiere que le diga la verdad, comisario, creo en que algo ha sucedido... ¡Algo que está más allá de nuestra comprensión e inteligencia! El dinero que lleva ese chico no es falsificado, no es robado, ni mal adquirido. ¿De dónde ha salido, pues?

—Del Banco de España — afirmó Olmedo.

—Sí, desde luego. Es dinero de curso legal... Pero ¿quién se lo dio?

—«Surwa» — contestó Olmedo.

Abajo, Joan subía al coche y empuñaba el volante.

Vicky Juárez, dichosa, se sentaba a su lado.

—Me han dado dos cheques. Uno de cien mil dólares y otro de un millón de pesetas —dijo Joan.

—¡Cielo santo! ¿Qué piensas hacer con tanto dinero?

—Lo que tú quieras. Es de los dos. Sé que, de no haber sido por ti, esto habría podido terminar mal. Me has ayudado mucho.

—¡Y he sufrido lo indecible! Pero lo doy por bien empleado, Joan. ¿A dónde vamos?

—¿Tienes algo que hacer?

—No.

—¿Vámonos a Almería?

—¡Ah, el señor Foster me habló de eso!

—Pasaremos por un banco a dejar el dinero, recogeremos algunas cosas y nos largamos de vacaciones a Andalucía.

—¡Maravilloso, Joan!

—¡Pues no perdamos más tiempo! Tenemos toda la vida por delante y somos jóvenes.

—¡Viva! — coreó Vicky, sorprendiendo con su grito a los transeúntes ante los que pasó el vehículo rojo.

Primero se detuvieron en un auto-banco del Paseo de Gracia, donde Joan depositó los cheques y parte del dinero, Fue atendido esmeradamente por uno de los directores.

Al salir del banco, la feliz pareja se dirigió al apartamento de Joan, donde recogió un maletín con alguna ropa. Desde allí telefoneó al administrador de la finca.

—Voy a estar ausente algún tiempo y deseo renovar todo el mobiliario y la decoración. Por favor, señor García, si fuese usted tan amable de contratar por mi cuenta todo lo que haga falta, se lo agradeceré y le pagaré una comisión.

—¿Ha recibido alguna herencia, mi joven amigo? — preguntó el administrador, desconfiadamente.

—Algo más que eso. Pero no puedo decirle nada. Infórmese en la Banca Catalana. Allí pagarán todas mis facturas.

—Pero... ¿Qué es lo que quiere hacer en el apartamento?

—Convertirlo en un Paraíso Celeste, señor García.

—¿Y cuánto quiere gastarse?

—Un millón aproximadamente. Usted se lleva un diez por ciento.

Vicky reía, mientras se preparaba un «whisky» con sifón.

Joan colgó el teléfono, se acercó a ella y la abrazó. Era la primera vez, según creía, que besaba los labios de ella. Pero no era cierto. Y le gusto sobremanera. Por ello repitió.

Una hora después, en el pisito de Vicky, Joan se quedó extasiado al ver una figura ataviada con un ropaje blanco, pintada en un extraño cuadro. Los rasgos de la figura eran semejantes a los suyos.

—¿Qué es esto, Vicky?

—¡Ah, sabía que te impresionaría! Lo titulo »Extraña Dimensión» y lo he pintado mientras tú dormías en los calabozos.

Entre nubes violáceas, Joan vio la confusa silueta de un avión. Pero el tema principal del cuadro era algo como una esfera, fragmentada, en el interior de la cual se veían multitud de puntos oscuros.

La perspectiva y el relieve de la pintura era algo extraordinaria, fantástica, y más que una alegoría era una plasmación onírica o subreal, de gran expresividad, cuya visión influyó en Joan.

—¿Lo has hecho pensando en mí?

—Y también en mí —contestó ella, abrazándole por la cintura y apoyando la cabeza en su hombro —. Vagamente, sé que yo también he formado parte de la aventura. Tenía que ser yo quien diera forma real o aparente a lo ocurrido. Yo no puedo hablar, pero puedo pintar.

—¿Y lo has expresado todo?

—Eso creo. Ahí estás tú debatiéndote en dimensiones distintas, pugnando en el vacío por salvar a la Humanidad condenada a muerte, por algo que jamás sabremos que se ha perdido en el fondo del mar.

—Me gusta mucho este cuadro, Vicky.

—Es tuyo. Lo he pintado para ti, pensando en ti e inspirada por ti.

«Ese trasfondo te proyecta hacia el infinito azul, donde se encuentra «Surwa»...

—¿«Surwa»? — preguntó Joan, extrañado del nombre—. ¿Qué es «Surwa»?

—El nombre que tú me dijiste. Me impresionó mucho. Es algo que está más allá de nosotros, por encima de la muerte y de la vida... ¡Ésta es la humanidad condenada en el estrecho círculo de su mundo!

—Creo que puede tener mucho éxito.

—Yo no lo creo. Y no lo tendrá, porque no pienso exhibirlo. He resuelto dejar la pintura para irme contigo.

—¡Pero yo no te voy a prohibir que pintes!

—No lo haré. Deseo vivir dedicada a ti, a labrar tu felicidad, que será la mía.

—¿Y si yo te mando que pintes?

—Lo haré sólo por complacerte. Deseo ser para ti como… ¡Una esclava!

—No exageres, amor. Eso no se estila. Queda mejor una amiga esposa.

—¡O una esposa amiga! — rió Vicky.

Rieron los dos, se abrazaron y luego él ayudó a la chica a preparar el equipaje.

—No es necesario llevar muchas cosas. Iremos comprando por el camino lo que nos haga falta.

—Yo no soy tan rica como tú.

—¡Todo lo que tengo es tuyo!

—Gracias, mi vida. ¿Quieres que nos casemos?

—¿Te urge?

—En absoluto.

—Pues lo dejaremos para más adelante. Ahora es conveniente que vea a ese director americano en Almería. Podemos estar allí, dentro de una semana.

—¿Qué dices, insensato? Esta noche llegaremos a Valencia y mañana podemos estar en Almería.

—¡Ni hablar de correr tanto, amor! Recuerda que ahora no puedo exponerme a morir en una cuneta. ¡Iremos a sesenta por hora, sin prisa, pues tenemos toda la vida por delante…! ¡Y no deseo privarme de la felicidad que vas a proporcionarme!

—Muy felices te las prometes conmigo, payaso — se burló Vicky, melosamente—. Te advierto que soy una de esas chicas engañosas, bonitas por fuera, como fruta estival, pero retorcida por dentro.

—¡Y yo soy un Barba Azul con quince habitaciones cerradas, donde están los cadáveres de mis quince mujeres anteriores! Tú no vas a ser una excepción.

—¡Bésame!

Había una irresistible atracción en el fuego de los ojos de Vicky. Y Joan se acercó a ella y la tomó por el talle, para besarla con fruición.

Sus cuerpos se fundieron en uno y sus labios se unieron como si quisieran no despegarse más.

Después de todo, la felicidad se encuentra en cualquier manera. El amor también es felicidad…

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE

ARIZONA	Publicación quincenal	10 PTAS.
RUTAS DEL OESTE	Publicación quincenal	10 PTAS.
SEIS TIROS	Publicación quincenal	10 PTAS.
HURACÁN	Publicación quincenal	10 PTAS.
SIOUX	Publicación quincenal	10 PTAS.
ESPUELA	Publicación quincenal	10 PTAS.

GUERRA

HAZAÑAS BELICAS	Publicación quincenal	10 PTAS.

ANTICIPACION

CIENCIA FICCIÓN	Publicación quincenal	10 PTAS.
ESPACIO	Publicación quincenal	10 PTAS.